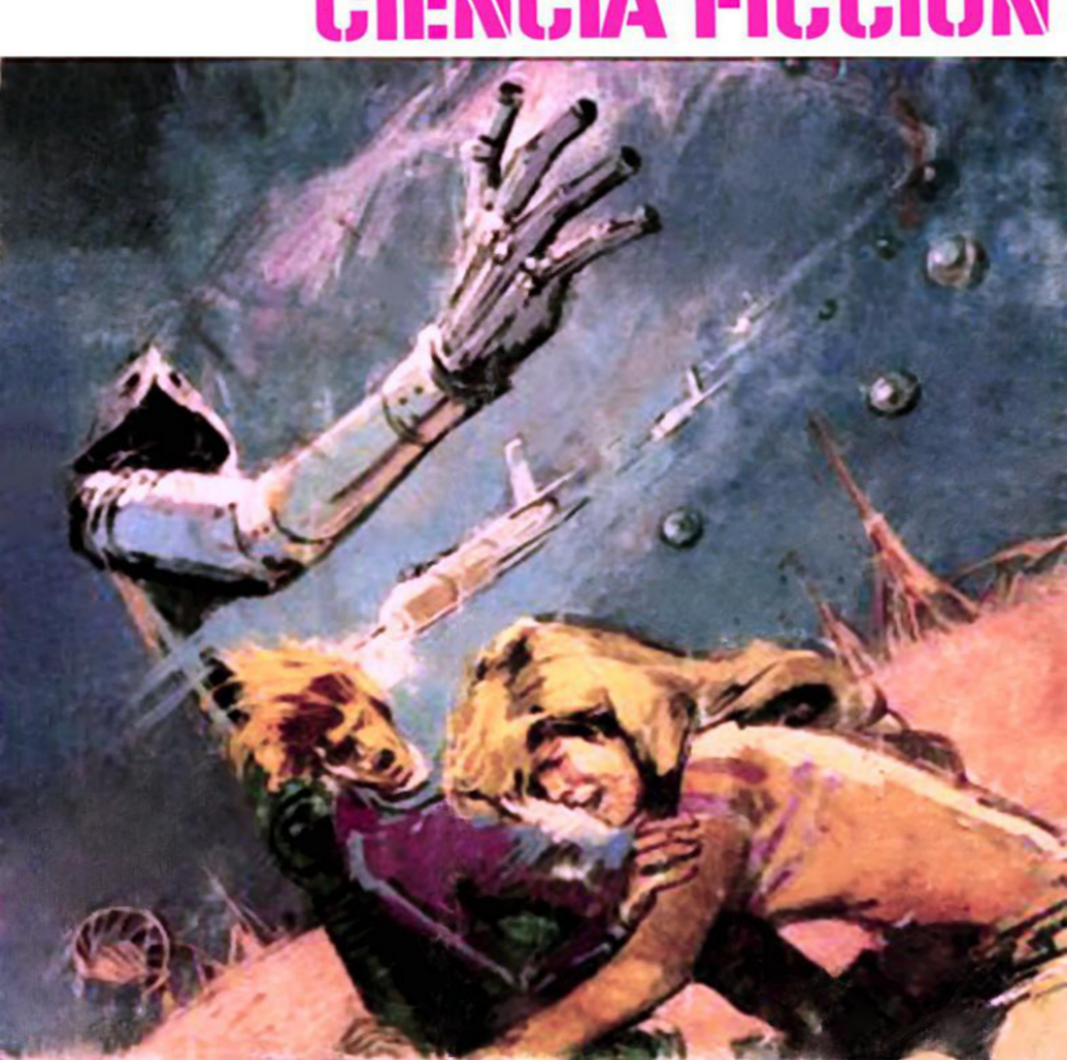
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

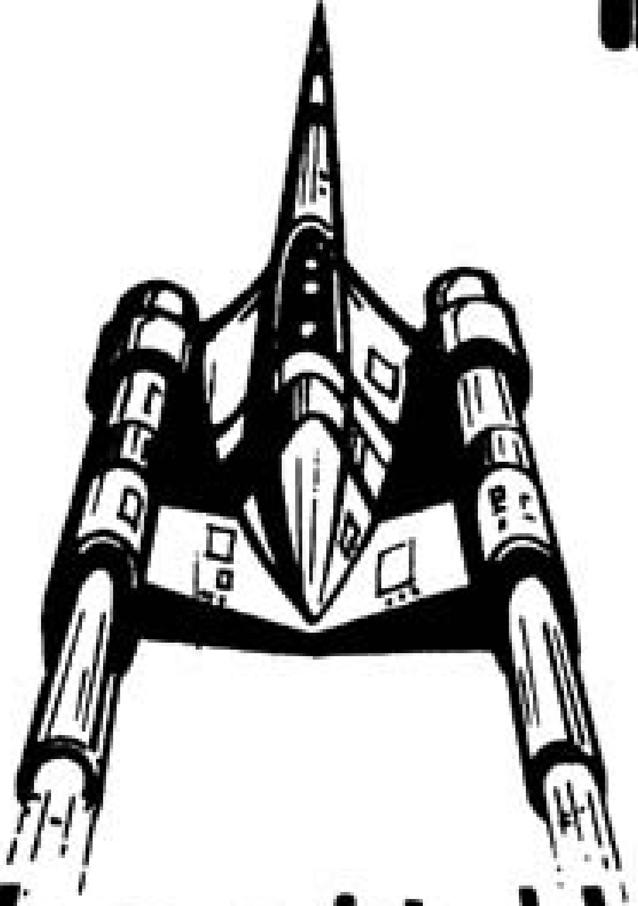
¡SUPER-ROBOT!

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





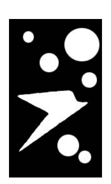


La conquista del ESPACIO

CURTIS GARLAND

SUPER-ROBOT

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 444
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1978

PRIMERA PARTE

DESTERRADO EN LAS ESTRELLAS

1

Val Vultan contempló las estrellas.

No era difícil hacerlo. Le rodeaban por doquier. Eran como masas incandescentes y grandiosas, cercando a la nave *Delfos* en su eterno peregrinar por el Cosmos.

Era un espectáculo que nunca le fatigaba ni aburría.

Clavar sus ojos en las galaxias y constelaciones, en los Sistemas Solares, en las grandes aglomeraciones cósmicas, en los cúmulos radiantes, en otros soles y lunas, en estrellas y planetas, en meteoros y asteroides.

Ese era su mundo, a fin de cuentas. Su inmenso, infinito, hermoso y terrible mundo, a la vez. El mundo de un Desterrado en las Estrellas.

Eso era él. Un ser sin tierra ni planeta propio. Un hombre sin familia, hogar ni patria. Sin ciudad, país o bandera. No era nada ni nadie. Tan sólo un vagabundo de los astros, un errante ser perdido en la inmensidad sin límites, un viajero forzoso del Universo, sin origen ni destino.

Eso era Val Vultan *el Desterrado*.

Y eso seguiría siendo, hasta que la muerte llegase a él. Una muerte forzosamente lejana, porque en el espacio el Tiempo era muy relativo. Tanto, que los miles de años para los mortales situados en el terreno firme de los mundos habitados, para él significaban solamente horas, o días a lo máximo. No envejecerla en milenios. Ese era el gran privilegio de los Desterrados. Ese era, también, el gran castigo, la condena de los Desterrados.

¿Para qué quiere uno la vida, cuando solamente la soledad, el olvido y el silencio, son sus compañeros en un viaje casi eterno por los confines de los mundos y del gran vacío universal?

La negra nave de los desterrados era su único hogar. Con ella hendía los espacios, sin origen ni destino. La Ley Galáctica era clara: ningún Desterrado podía convivir con los demás. Ninguna nave negra de destierro podía posarse en planeta habitado alguno, ni solicitar ayuda de nadie. Quien tal hiciera sufriría el mismo duro e inexorable castigo. Y el Desterrado sería entonces enviado, por quebrar las leyes de su destierro, a la Zona Prohibida. Más allá de las estrellas y de los mundos visibles. A un lugar del que sólo se había oído hablar, pero que nadie había llegado a conocer jamás. Y quien lo conoció, nunca regresó para explicar lo que era.

La Zona Prohibida, sólo los Sabios conocían lo que era realmente. Sólo el Alto Consejo de Sabios de las Galaxias podían responder a la gran incógnita. Y los Sabios nunca respondían a preguntas así.

Val Vultan había oído decir que estaba «más allá del Universo». Pero eso era todo lo que se rumoreaba en los pueblos arcaicos de los planetas de la Gran Galaxia, o conjunto de supergalaxias también conocido como el Gran Imperio Cósmico. Si era cierto o no, si era un aserto preciso o era sólo una suposición popular, nadie podía

afirmarlo ni negarlo.

Pero lo cierto es que el castigo existía. Y que en la Zona Prohibida no había estrellas ni mundos habitables. Quizá no había ni siquiera vida, tal como él podía concebirla. Pero lo más terrible de esa Zona, es que, posiblemente, tampoco había muerte. Y vivir sin morir, un hombre podía estar condenado a un infierno sin fin, a una agonía eterna en un universo de sombras y vacío.

No es que le importara ya mucho lo que podía sucederle. Peor que el propio destierro, lejos de todo ser viviente, no había muchas cosas que uno pudiera imaginarse. Sin embargo, ahora tenía algo de lo que no quería verse privado: La compañía de los astros, de los espacios hermosos e infinitos, de la gran alegría visual que para un hombre solitario era en sí mismo el propio Cosmos.

La nave negra mantenía su velocidad de crucero. Se desplazaba entre las manchas luminosas que eran las lejanas galaxias, unidas entre sí por el nexo imperial de su condición de miembros del Gran Imperio, partes todas ellas de la Gran Galaxia o unión de galaxias.

Y Val Vultan se limitaba a mirar, a clavar sus ojos en distancias ingentes, en aquel vacío fabuloso que era su único mundo, a través de los visores ovalados de su gran nave solitaria.

Cuando los ojos se le fatigaban en la contemplación de los mundos remotos, se apartaba cansadamente de su asiento frente a los visores, y caminaba por las salas de la nave, bajo su bóveda silenciosa, percibiendo solamente el apagado zumbido de los poderosos sistemas de propulsión, capaces de desplazar a la nave a velocidades infinitamente superiores a la luz, convirtiendo a su vehículo en un simple destello fugaz, disparado entre las masas planetarias y las nubes cósmicas luminiscentes. A veces, se dedicaba a leer en su cámara de lectura, haciendo funcionar las filmaciones estereoscópicas, y a través de las páginas de historia allí recogidas, rememoraba la historia de su propio mundo y de otros más, la historia misma de las galaxias del Gran Imperio, y tantas y tantas cosas que una vez formaron parte de su existencia, y ahora parecían tan ajenas a él como aquellos otros mundos que vislumbraba desde la negra nave y que jamás había pisado ni llegaría a pisar.

Después, poco le quedaba por hacer para cambiar de actividad. Si acaso, dormir y comer. Los alimentos concentrados no escasearían jamás. Cuando los computadores de a bordo marcasen el final de las existencias, ya antes habría llegado hasta la negra nave un envío de alimentos desde cualquier punto habitado de las galaxias. Los Desterrados no podían relacionarse con los demás. Pero era ley que tampoco podían ser abandonados a su suerte y dejarles morir de hambre, sed o enfermedad. Los computadores eran extremadamente sensibles, y del mismo modo que marcarían fielmente a cualquier

centro electrónico de la galaxia la situación de posible emergencia o de carencia alimentaria del Desterrado, emitirían en el caso de quebrantamiento de la legalidad la inmediata denuncia contra el infractor. Y en caso de enfermedad o accidente, otro mensaje similar haría llegar a bordo un equipo médico especial, formado por guardianes del Imperio, encargados de atender al paciente y salvar su vida.

Todo estaba medido en las galaxias del núcleo gigantesco de aquellas zonas casi infinitas del espacio. Absolutamente todo.

O al menos, tenían que haberlo estado.

Porque de repente, ocurrió algo que nadie había previsto, y que Val Vultan ignoraba qué consecuencias podía traer para él.

Los computadores de a bordo, se averiaron.

Y la nave se detuvo, flotando entre varios mundos desconocidos.

* * *

Lo intentó repetidas veces. Probó toda clase de recursos técnicos de los que él conocía. El resultado fue negativo. Los centros computadores de a bordo se mantuvieron inactivos.

Trató de enviar mensajes de urgencia a través del sistema de comunicación que le permitía en un momento de máxima gravedad solicitar ayuda. Pero no funcionando los computadores, no funcionaba tampoco el sistema de transmisión. El mensaje no salió de a bordo jamás.

Val Vultan comenzó a inquietarse. Sus esfuerzos por poner nuevamente en marcha la nave, avisar a alguien del fallo o reparar la avería, resultaron absolutamente estériles. La nave negra no se movía. Ni emitía mensaje alguno, ni podía ser detectada por los observadores espaciales del Gran Imperio

Y si no era detectada, ellos jamás se enterarían de lo que estaba ocurriendo. Val sabía que solamente cuando era preciso algo, cuando se quebrantaban las leyes o cuando había a bordo una extrema necesidad, ellos detectaban los mensajes de las computadoras. Si éstas sólo se dedicaban a hacer funcionar los sistemas de alimentación y propulsión, a bordo de la nave, no emitían ninguna otra señal. La inactividad de ahora, sería desconocida por todos.

Lo realmente angustioso comenzó cuando las luces empezaron a oscilar levemente dentro de la nave, y el aire se enfrió ligeramente. Al mismo tiempo, Val notó que empezaba a pesar menos, y se movía por el interior con suma facilidad y como si flotase.

Empezaba a faltar energía. Las luces terminarían extinguiéndose

en su totalidad, el aire se enfriaría hasta congelarle, y la gravedad artificial se estaba debilitando, hasta que pudiera flotar y volar por el interior de la nave, sin poder posar sus píes en el suelo ni ingerir alimentos o beber líquidos.

Era el principio del fin.

Desesperadamente, acudió al centro energético de la nave. Trató de accionar los complicados mecanismos sin resultado.

Las computadoras siguieron sin accionarse. Y si el cerebro electrónico fallaba, fallaba allí todo. Absolutamente todo.

Sólo un espacio corto de tiempo después, ya las luces emitían un cincuenta por ciento de su potencia, y tenían tendencia clara a irse debilitando más. El aire se enfriaba por momentos. Ya empezaba a sentirlo, y se puso ropas de abrigo y una caperuza térmica. Pero pronto eso no bastaría para combatir la gelidez ambiental.

Ya sus movimientos eran grotescamente divertidos, pero no lo causaban la menor risa. Se veía moviéndose pegado al techo o caminando por las paredes, sin gravedad alguna que le retuviese adherido al suelo de la nave del destierro.

Nuevamente trató de comunicar. En vano. Todo seguía igual allí. No había transmisión posible. Moriría, ignorado por todos. Ellos dirían que una avería así sólo podía producirse una vez en un milenio. Pero le había ocurrido a él. Y eso no le sería de mucho consuelo al morir congelado.

Val Vultan maldijo entre dientes, intentando pensar en algo práctico.

—¿Qué puedo hacer? —gruñó hablando consigo mismo—. Esta nave será mi tumba. No se puede sobrevivir dentro de ella…

Yentonces, lógicamente, se le ocurrió la única idea razonable de todas. La única que le permitiría un resquicio de esperanza.

—Si no puedo sobrevivir aquí dentro… ¿por qué he de continuar? —se dijo, con ojos centelleantes de excitación—. Sería una locura y una estupidez dejarse morir por no quebrantar las leyes del Gran Imperio. Al diablo con las leyes, cuando uno está sentenciado a una muerte tan ingrata.

Yahí surgió la desobediencia del Desterrado.

Hizo lo que estaba prohibido. Le importó muy poco hacerlo, porque no quería morir. De modo que fue a la cabina de emergencias y quebró de un sólo golpe de su poderoso puño la mampara cristalina de protección que guardaba un traje espacial y un turbo-cinturón de gran potencia. Era el equipo de suprema emergencia, que sólo unos emisarios especiales del Gran Imperio podían manipular, en caso de posible desastre a bordo. El equipo para salvar la vida del Desterrado, en una situación límite, pero nada más.

Pues ésta, pensó Val, era una perfecta situación límite para él.

Sólo que no estarían los emisarios espaciales del Gran Imperio que marcaba la Ley. Y él no podía, bajo la amenaza implacable de ser condenado a la Zona Prohibida del Espacio, abrir aquella cámara y usar para sí aquel esquipo.

Sólo que en estos momentos, la ley y el miedo a otro castigo habían dejado de significar algo para Val Vultan. Tenía que salir de aquella tumba flotante, e iba a hacerlo, eso era todo.

El traje espacial era hermético, liviano y resistente. Una fibra especial, le protegería del vacío exterior, del frío o del calor intenso, de toda radiación cósmica y de todo riesgo posible. El turbo-cinturón, adherido a su indumentaria sería una especie de potentísimo motor que le permitiría desplazarse por el espacio durante un período de tiempo no muy amplio, pero quizá suficiente para salvar su vida.

—Luego intentaré comunicar con el Consejo Legal —se dijo—. Me presentaré para dar cuenta de lo sucedido, y seguro que los Jueces Supremos me comprenderán y no me sentenciarán a la Zona Prohibida.

Se encaminó, una vez ataviado con aquel traje intensamente rojo, aseguradas las bandas metálicas del turbo- cinturón a su cintura y espalda, hacia la escotilla de salida de la nave negra, que tuvo que accionar manualmente, con bastante esfuerzo.

Luego, pasó al compartimiento estanco, y una vez en él, presionó el resorte que abría la escotilla externa. Esta cedió, deslizándose. Y salió catapultado al negro vacío salpicado de estrellas y mundos.

Miró fascinado, a través de la escafandra transparente que envolvía su cabeza, hacia abajo. Sintió una rara emoción al abandonar su negra nave del destierro, quizá para siempre.

Hablan sido allí muchos los espacios de tiempo vividos. Quizá milenios de su remoto mundo de origen. Y ahora, se veía reducido a sus propias posibilidades de supervivencia, sólo con aquel traje espacial y su sistema motriz limitado.

Hizo un cálculo de espacio y tiempo, y dedujo que no podría elegir muchos sitios adonde dirigirse. Sus ojos se clavaron, a través de la esfera cristalina que le envolvía la cabeza, en uno de los planetas que parecían colgar del negro intensísimo de la bóveda espacial, y dedujo que le sobraría fuerza motriz para llegar allí.

Era un planeta púrpura, envuelto en flotantes nubes grisáceas. Un mundo tal vez con atmósfera y posibilidades de supervivencia. No podría ir mucho más lejos si ese recurso fallaba. Había una serie de lunas en derredor de este planeta, pedruscos grises flotando en el espacio, que recibían alguna luz de un remoto pero cegador sol azul

—Tiene que ser allí —se dijo—. No hay otro lugar. Ese otro planeta grisáceo que veo allá debe estar al menos al doble de distancia. Tal vez no tendría suficiente energía en mi turbo-cinturón

para llegar tan lejos...

Estaba decidido. Dirigió una última mirada de despedida a su negra nave del destierro, y proyectó hacia allá su energía motriz. El turbo-cinturón silbó, disparando chorros llameantes por sus turbinas azules. El cuerpo de Val Vultan hendió el vacío como una flecha, en dirección al mundo de color púrpura.

El Desterrado de las Estrellas había quebrantado las leyes, obligado por una circunstancia imprevisible.

Ahora, iba a quebrantar otra gravísima ley del Gran Imperio Cósmico: iba a poner sus pies en un planeta desconocido, quizá habitado.

2

Las nubes se abrieron como un abanico plomizo bajo sus pies. Engulleron su cuerpo que se sumergió en el misterio vaporoso del planeta ignorado.

Descendió por una zona de sombras, gris y tenebrosa, hasta que de nuevo la masa nubosa cedió, y por una especie de agujero en los nubarrones, Val Vultan fue proyectado a un cielo purpúreo, que era el que daba aquel color extraño al planeta.

Flotó sobre aquel mundo desconocido, reduciendo la fuerza de sus reactores. Contempló al suelo a sus pies. Aún desde aquella altura, no resultaba demasiado esperanzador el paisaje que era visible allá abajo.

El contraste era muy grande, entre las amplías zonas desérticas, llanas y yermas como si jamás hubiera habido vida alguna en ellas. Más allá, delimitando el horizonte, oscuras masa boscosas formaban los límites de una espesa jungla de altísimos árboles y arbustos frondosos, una especie de gigantesca selva quizá llena de peligros y dificultades.

Pero había poco donde elegir. No se veía el menor rastro de vida vegetal o animal en aquel desierto interminable. Descender en él, sería como condenarse a una muerte lenta e inexorable.

La selva era un peligro. Sobre todo, la selva de un mundo desconocido. Pero era también una posibilidad de supervivencia. Donde había espesura, tenía que haber agua. Y por tanto, vida. No podía dudar.

Eligió la selva.

Sus reactores le llevaron hasta sobrevolar la zona selvática, que era infinitamente más grande y frondosa de lo que podía imaginarse a distancia. Volvió a sorprenderle la enorme altura de los árboles, delgados de tronco y espesos de copa, así como la frondosidad de los altísimos matorrales.

¿Era aquél un mundo de titanes donde las dimensiones de sus seres vivientes estaba en consonancia con la altura sorprendente de las arboledas?

Fuese como fuere, ya no podía volverse atrás. Sabía que estaba casi a tope de la resistencia de su turbo-cinturón. La energía se había agotado con el viaje desde la nave al planeta, y tenía que descender, le gustara o no.

Sobrevoló todavía una parte de la densa selva. Miró arriba, sobre su cabeza. Era la noche de aquel mundo, suponiendo que allí pudiera existir también el día. Con débil fulgor azul, tras los nubarrones, flotaban hasta cinco lunas en su cielo, dando una claridad lívida y fantasmal a la jungla inmensa que se extendía a sus pies.

Lentamente, descendió sobre algo que emergía entre los árboles, y que tenía todas las trazas de ser una gran piedra plana, una meseta o algo parecido, de sorprendente tersura.

Cuando puso los pies en la superficie lisa y dura, respiró hondo. Ya pisaba tierra firme en un mundo del que no sabía virtualmente nada. Miró a su alrededor, sin habituarse aún a la penumbra de la noche de las cinco lunas.

Perfiles extraños e insospechados empezaron a siluetarse ante sus sorprendidos ojos, a medida que se acostumbraba a ver la claridad. No sólo era vegetación y ciclópeos árboles lo que le rodeaba. Estaba en algún lugar que, desde la altura, apenas era visible, y del que formaba parte aquella superficie pétrea que él imaginaba como meseta o superficie geográfica del planeta.

Altas agujas de piedra, perfiles grotescos de extraños animales de alguna mitología ignorada, recortábanse paulatinamente en la noche, sobre el azul purpúreo del cielo nuboso, tomando formas asombrosas y colosales.

Era una ciudad de gigantes, hecha de gigantescas masas de piedra tallada. Un mundo de formas y de dibujos, de bloques ingentes de piedra, figuras míticas y templos levantándose hacia los cielos.

Altísimas murallas salpicadas de motivos ornamentales, estatuas ciclópeas y terroríficas gárgolas de piedra azul, desgastadas por el tiempo. Entre las rendijas y grietas de esos inmensos bloques de piedra lisa o tallada, surgían matojos y sarmientos. Incluso le pareció ver correr algo, desapareciendo entre las estructuras pétreas, con un leve escalofrío.

Una ciudad muerta.

Era eso. Estaba en las ruinas de una gigantesca urbe de otros tiempos, una ciudad invadida por la selva, abandonada quizá por sus habitantes. Un mundo de colosos, extinguido por alguna circunstancia remota e indescifrable.

Val Vultan quedose pensativo, erguido como un diminuto pigmeo

en medio de aquella grandiosidad hecha de piedra, de genio arquitectónico y de arte barroco y exquisito.

—Dios mío... —jadeó el Desterrado, mirando en torno suyo, sobrecogido por la grandiosidad aplastante del paisaje muerto—. Una ciudad perdida... olvidada... Aquí hubo alguna vez habitantes, ceremonias, luces, vida... Y ahora no queda nada de una ingente obra como ésta...

Se preguntó qué pudo causar el abandono de aquella urbe asombrosa, y la respuesta no le gustó. Si la selva era la vencedora en su lucha contra aquella maravilla arquitectónica de unos seres posiblemente gigantescos e inteligentes, sensibles y poderosos, ¿qué podía esperar él, insignificante humanoide perdido en unas dimensiones mil veces superiores a su mundo habitual?

Las cinco lunas, allá en lo alto, asomaban a veces, entre jirones de nubes oscuras, alumbrando débilmente el fantástico paisaje donde se hallaba ahora Val.

Caminó por la superficie tensa, de piedra negra y lisa, que no era sino la cúpula recta de un inmenso edificio erguido entre las murallas altivas. Una especie de gigantesca terraza o azotea, donde su pequeñez era más evidente aún.

Asomó al vacío. Casi sintió vértigo al llegar a las orillas de la plataforma. La altura hasta el suelo boscoso era enorme. Caer desde allí significaría la muerte segura.

Pensó en utilizar su turbo-cinturón para descender suavemente a las oscuras cimas de la selva devoradora de templos, edificios y murallas, pero cambió de idea, porque se perdería más fácilmente en la espesura que entre aquellos titánicos edificios de la fabulosa ciudad muerta.

Además, allí había una escalera.

Contempló, casi alucinado, el descenso de la interminable y sinuosa escalera, formada por escalones de negra piedra adherida al muro del edificio cuadrangular en cuya cima se hallaba. Podía tener dos o tres mil escalones. Se hundía en una zona umbría, entre arboleda y enredaderas que trepaban, adueñándose como dedos sarmentosos de un verde sombrío, de cada muro de piedra de la metrópolis dormida en el olvido.

Empezó a descender. Cada escalón hubiese podido soportar sin dificultades a cien hombres como él. El descenso, por tanto, era infinitamente lento. Como una hormiga deslizándose por un altísimo palacio.

Perdió la noción de las plataformas o escalones recorridos. Muchos de éstos aparecían ya agrietados o rotos, y hasta cubiertos de musgos y trepadoras. En uno de ellos, se encontró con hongos de tamaño muy superior al suyo propio. Sintió un escalofrío. ¿Es que en

aquel planeta púrpura todo era gigantesco?

Si era así, él sería un diminuto ser, un microbio fácil de destruir por cualquiera. La idea no le gustó en absoluto.

De repente, se paró en uno de los escalones. Sus ojos clavándose en una profunda oquedad en el muro. Una abertura negra como la noche, cuyo fondo era imposible vislumbrar. No era una ventana, sino un simple orificio circular, que tenía todas las trazas de ser un respiradero o quizá un conducto para verter agua o algo así.

Adentrarse en aquella negrura podía ser funesto. No sabía adonde podía conducir. Pero bajar mil escalones hasta una selva oscura, hermética, quizá hostil, gigantesca de proporciones y, por tanto, con muchas posibilidades de que acogiera en su espesura a criaturas también enormes y peligrosas, tampoco era una alternativa demasiado optimista para él.

De modo que eligió el orificio en la piedra. Se internó en el interior del edificio abandonado, en busca de sólo Dios sabía el qué...

* * *

Era como moverse por la nada. Deambular a través de un interminable sendero negro, tanteando el suelo, que notaba irregular bajo sus pies, en busca de algo que ni siquiera sabía si sería bueno o malo para él.

El camino se prolongaba. Val accionó un resorte de su traje espacial, cortando por un momento la salida de oxígeno, para comprobar si el aire allí era respirable. Accionó la entrada de aire exterior y respiró con cautela.

Sus pulmones se llenaron de oxígeno. Y también de un frío húmedo. Como él imaginara, aquel mundo era habitable. El aire se podía respirar. Era limpio, incluso allí dentro, donde la humedad y el abandono habían hecho presa ya. Optó por seguir respirándolo, para no agotar su escasa reserva de oxígeno comprimido, en previsión de futuros problemas. Además, el aire exterior renovaría su reserva, volviendo a rellenar el depósito.

Siguió adelante. No llevaba consigo arma alguna, aunque pensó que tampoco sería demasiado útil frente a los posibles peligros allí encerrados. No podía olvidar que estaba solo en un mundo de colosos.

Pero ¿qué había sido de esos colosos? ¿Por qué abandonaron la ciudad muerta un día?

Vio claridad de repente, allá al fondo de lo que parecía un pasadizo circular y que, posiblemente, sólo fuese una tubería o conducto entre las piedras, para verter agua de lluvia al exterior, o cosa parecida.

La claridad era diferente a la azulada de las cinco lunas. Esta era claridad dorada, intensa. Como de luz artificial, pensó Val Vultan, excitado.

Avanzó con mayor cautela, muy lentamente, sin arriesgarse ya lo más mínimo a medida que la claridad se hacía más intensa ante él, allá al final del conducto en la piedra viva.

Yfinalmente, un orificio circular, más amplio que el que le sirviera de entrada, se abrió ante él, como una gran puerta triple en altura a su propia estatura. Y, sin embargo, quizá un pequeño agujero para los gigantes que allí moraron alguna vez.

Fascinado, asomó a la abertura, tendiéndose previamente en el suelo, para no perder el equilibrio y caer. Fue muy prudente al hacer eso. Porque cuando asomó su cabeza, una altura mareante se mostró ante él.

Yallá abajo, a la claridad de una interminable serie de luces inagotables, descubrió el más fantástico e increíble panorama imaginable.

Lanzó una exclamación de asombro infinito, y empezó a comprender muchas cosas. El eco remoto de viejas y confusas leyendas cósmicas llegó a su mente, dándole un poco de luz a su aturdimiento.

—Cielos... —susurró el Desterrado de las Estrellas—. Son ellos... Los guardianes Eternos de Arkor... La leyenda de los Oráculos Astrales del Cosmos... ¡Existieron... y éste fue su mundo!

Y con los ojos dilatados por el estupor y la admiración contempló Val Vultan lo que jamás ojos humanos de planeta alguno habían llegado a contemplar. Algo que para muchos sólo era una leyenda, para los más, un lejano mito o una fábula, y para muy pocos, como los Sabios del Alto Consejo Galáctico, una fuente de conocimientos y de profecías eternas.

El había llegado hasta los mismos Oráculos Astrales del Universo. Había llegado a la morada misma de los dioses nunca vistos. Ahora estaba ante ellos. Ante los Guardianes Eternos de Arkor... o lo que quedaba de ellos.

* * *

Las dimensiones de la sala eran ciclópeas. Miles y miles de humanoides hubiesen podido alojarse en ella sin dificultades, tal era su magnitud. La altura de su recta bóveda, impresionaba. La profundidad hasta el suelo, desde el emplazamiento de Val, causaba vértigo.

Y allá, al fondo, formando galería o pasillo, una larga, recta hilera

de grandes losas negras, con signos cabalísticos grabados en ellas, avanzaba hasta un altar gigantesco, formado por cien escalones inmensos, hasta un trono con dosel de piedra.

En el trono, había una criatura fantástica. Y en los flancos del corredor, las figuras sobrecogedoras de los Guardianes

Eternos, sentados y herméticos en sus respectivos sillares de piedra azul.

Eran doce las figuras dantescas de ambos lados. Seis por flanco. Doce, los Guardianes de los Oráculos Eternos. Doce, los seres míticos elegidos por el Creador, en los confines de su Creación, para proteger la sabiduría del infinito y los secretos supremos del Génesis.

Y él, un simple mortal, un oscuro Desterrado, había tenido que llegar allí y encararse con la realidad, con la visión de aquellos fabulosos seres jamás vistos antes por mortal alguno, ya que este su mundo era el mundo de los inmortales, de los dioses elegidos por el Dios Supremo para guardar el sello inviolable de la sabiduría, del conocimiento, del Bien y del Mal

Los Guardianes... Val Vultan los fue mirando uno por uno, con expresión de incredulidad y asombro. Seres gigantescos, dormidos en un sueño de siglos o de eternidades, sentados en sus tronos, rígidos e inmóviles para siempre. Doce gigantes que no eran humanoides ni eran androides, que no parecían otra cosa que figuras de piedra, gárgolas inmensas de rostro inescrutable, de ojos cerrados, de cabezas deformes, de cuerpos enjutos, de largas manos en reposo sobre los brazos de sus tronos de piedra.

Ellos estaban allí para guardar lo que les fue confiado. Y al fondo sobre el trono central de la vasta sala, el último de los guardianes, el más poderoso y fantástico de todos, aquel de quien los Oráculos Astrales del Cosmos decían que tenía todo el poder imaginable, y que sólo debía ser utilizado en defensa de causas justas, o el castigo divino caería sobre quien de otro modo pudiese utilizarlo.

Era la Supercriatura.

El Androide Magno.

Ni hombre ni máquina. Ni ser humano ni robot. Pero ambas cosas a la vez. Conjunción maravillosa de técnica y de soplo vital. Prueba de los dioses y de su poder. Mezcla de vida humana y de poder mecánico.

Nadie jamás creyó que existiera tal criatura. Para todos los habitantes del Gran Imperio Galáctico, el Androide Magno, o la Supercriatura, era simple fantasía, mito ancestral, leyenda o religión, pero nada más.

Val Vultan acababa de probarse a sí mismo que ellos no estaban en lo cierto. Los Sabios hubieran palidecido de estupor si hubiesen podido llegar a verlo. Se hubieran maravillado, por llegar a la misma fuente del Saber que demostraría lo poco que ellos mismos sabían,

pese a su convicción de ser los más inteligentes y los más profundos conocedores de los secretos de la vida y de la muerte, de lo conocido y lo desconocido del Universo y de la Zona Prohibida, de Dios y de los Hombres.

El, sólo él, una insignificante criatura humana, había llegado a ver a los doce Guardianes Eternos en aquella sala secreta. Y él, sólo él, había llegado a ver, en su trono inmenso, al Androide Magno, a la Supercriatura que podía dar el supremo poder universal a quien fuese su poseedor.

Val Vultan estaba pensando en todo eso cuando, de repente, supo que algo sucedía a su espiada. Captó un ruido, e intuyó que algo *vivo* se hallaba tras de él.

Con un estremecimiento, se volvió, dispuesto a encararse con lo que fuese.

Estaba preparado para cualquier cosa, por imprevisible que fuese. Aun así, un ronco grito de horror escapó de sus labios y sus ojos dilatados se fijaron con espanto en el ser que había emergido a su espalda y que ahora se precipitaba sobre él, con un ruido escalofriante...

3

Val Vultan no podía defenderse de ningún ataque. No llevaba armas consigo, no podía moverse en aquel punto, sin correr el riesgo de caer desde tan enorme altura, aplastándose sobre las losas de piedra de la sala prohibida.

Por ello, la presencia de la horrible criatura alada, le causó mayor desazón y temor. Además, aquel ser era peligroso y hostil, lo advirtió en seguida.

Observó como desplegaba sus alas membranosas y amarillentas, como una inmensa capa crujiente, y el cuerpo repulsivo, color bilioso, rugoso y deforme, flotó en el aire, con un abultado abdomen palpitante, unos ojos rojizos y estirados, imagen viva de la malignidad, y una especie de corvo pico sobre una boca babeante, de dientes agudos como los de un escualo gigante, y lengua bífida, también amarillenta, que parecía golpear al aire como un látigo, cuando el monstruo se precipitó sobre él.

Las alas se cerraron sobre Val como una envoltura repugnante y viscosa, que se adhirió a su indumentaria espacial, y una especie de garras crispadas, rematadas por poderosas uñas encorvadas, aferraron sus ropas, desgarrándolas superficialmente, pese a su dureza, pero haciendo presa de tal modo, que cuando elevó el vuelo, saliendo del conductor circular, Val Vultan colgaba de sus garras, y el monstruo, mezcla horrible de un legendario *griffo* y un no menos mítico dragón,

revoloteó sordamente en el aire, por encima de las figuras pétreas e inconmovibles de los Guardianes Eternos, rompiendo la paz y el silencio sepulcrales de aquella especie de cripta de dioses.

Por unos momentos, Val temió que el monstruo volador soltara sus garras precipitándole brutalmente desde aquella altura para que se estrellase en las piedras de abajo.

Pero no fue así. En vez de ello, la bestia siguió sus revoloteos, emitiendo unos roncos graznidos, que no supo el Desterrado si eran de alegría o de simple llamada a alguien, para advertirle de su presencia... y de la presa que había obtenido.

Pronto se demostró que esta última era la razón de sus chillidos agrios y desagradables.

Allá abajo, tras el sitial de piedra donde reposaba el Androide Magno, se movieron unos altísimos, espesos y ya polvorientos y apolillados cortinajes de un color gris plomizo, como la propia piedra... y alguien emergió de ellos.

Alguien que hizo pestañear de estupor a Val Vultan. Alguien que no parecía encajar muy bien en aquel lugar de pesadilla. Una mujer.

Una mujer bellísima, increíble.

La mujer más hermosa que jamás viera Val Vultan en toda su vida.

* * *

—No es posible... —musitó para sí, sin dejar de ver bailotear endiabladamente ante sus ojos los muros y techos, el suelo y los tronos, las figuras míticas y los signos cabalísticos de las piedras, por culpa del vuelo desordenado y violento de su repulsivo captor—. Una mujer aquí... No es posible, no...

Pero era posible. Podía verla allí, ante él. Era de su mismo tamaño, una humanoide completamente normal. No se trataba de un gigante como los que habitaron aquel lugar olvidado, sino de una mujer algo más baja que él, pero no mucho.

Alta, vigorosa, de figura arrogante, de formas atléticas pero tremendamente femeninas, de cuerpo voluptuoso, formado por largas y poderosas piernas, fuertes nalgas y vigorosos y agresivos senos.

De piel suavemente nacarada, de cabellos largos y sedosos, de color azul, iba completamente desnuda. Pero se desnudez, pese a la poderosa agresividad de su cuerpo turgente, no mostraba nada de lascivo o procaz. Era una desnudez limpia y sin mancha, como pudo ser la de los habitantes del Paraíso inicial creado por Dios en su Universo.

—¡Desciende! —gritó una poderosa voz—. ¡Desciende, Halzor! No

era la voz de ella... No brotaba de sus labios. La hermosa mujer seguía mirando, con rostro carente de emociones, el vuelo del pájaro-dragón y su presa. Sus carnosos labios no se movieron una sola vez.

Era otro ser quien hablaba, junto a ella. Val lo descubrió justamente entonces, surgiendo entre los pliegues grises y vetustos de la alta cortina situada tras el Androide Magno.

Yen esta ocasión, era un hombre. Un humanoide de aspecto inquietante y desagradable.

Su cabeza era un huevo alargado, puntiagudo en su cima, y con unas sienes donde se advertían las palpitaciones de su cerebro, bajo una piel translúcida y fina como una membrana. Dos grandes, saltones ojos glaucos, incoloros por completo, como dos globos ciegos, destacaban en un rostro estirado, frío y siniestro, de boca diminuta y una especie de orificio por nariz, apenas un bulto informe en medio de aquella repulsiva faz que emergía de un esquelético, huesudo cuerpo larguísimo, envuelto en unos ropajes oscuros y amplios, donde desaparecían sus manos, ocultas entre los pliegues.

El llamado Halzor, aquel monstruo alado que retenía a Val entre sus garras, obedeció en el acto. Descendió, planeando, sin cesar de emitir sus chillidos, desagradables y roncos, que ponían la piel de gallina a cualquier ser que hubiese tenido menos temple o menos temor a la muerte que Val Vultan.

Yfinalmente, se posó sobre las pétreas gradas del trono destinado al Androide Magno, justo frente a la hermosa desnuda y al ser repugnante y maligno.

Sus garras aflojaron la presa apenas la voz del misterioso personaje tronó de nuevo bajo las altísimas bóvedas:

—¡Suéltalo, Halzor!

Val se vio libre, contemplando con perplejidad a la extraña -pareja erguida frente a él. Tras unos momentos de incertidumbre, se puso de rodillas, junto al monstruo con alas que le condujera a presencia de aquellos seres. Les miró, fijamente, esperando lo que tuviera que ocurrir.

Había entendido perfectamente el lenguaje del personaje de la cabeza oval.

Era la lengua internacional o interplanetaria usada por los sabios y políticos de los Imperios Galácticos. Un idioma fácil de comprender por todos los seres inteligentes del Universo. Al menos por la vastísima, ingente porción del Universo que podían recorrer las astronaves del Imperio.

Val Vultan dedicó más atención a la hermosa mujer de desnudas formas, cuyo cuerpo espléndido y turgente exhibía con la mayor naturalidad, como si esa desnudez fuese lo más sublime y divinizado de los mundos. Y posiblemente fuese así. ¿Qué forma más hermosa y

resplandeciente en toda la Creación, que las formas de un cuerpo de mujer desprovisto de todo ropaje, para mostrar la belleza primitiva, espiritual y carnal a la vez, del ser humano creado por el Dios que hizo todas las cosas?

—¿Quién eres?

No preguntaba ella, sino él. El Hombre de los grandes ropajes oscuros. Avanzaba hacia él, en medio de un revoloteo sordo de los amplios pliegues de su indumentaria. Parecía no pisar el suelo, porque sus pies permanecían ocultos bajo aquellas ropas, lo mismo que sus manos.

—Val Vultan —dijo el extraño.

—¿Y quién es Val Vultan?

—Un Desterrado dé las Estrellas.

—¡Un Desterrado! —los ojos incoloros y saltones despidieron un raro brillo rojizo, única expresión de emociones en aquel rostro abominable—. ¿Y te atreves a pisar tierra firme, tú que tienes prohibida esa acción?

—No pude hacer otra cosa. Mi astronave se averió. No puede comunicar con nadie, ni ponerla en funcionamiento. El aire se agotaba. También el calor y la luz. Tuve que abandonarla, cerca de este planeta. Utilicé mi turbina de emergencia para venir hasta aquí. De otro modo, ya estaría muerto.

—Estarás muerto, de todas formas —amenazó la voz, helada como un soplo de viento de un mundo de hielos eternos-—. Es el castigo a los intrusos.

—No pretendí ser intruso. Solamente intenté salvar mi vida en peligro.

—Pero lo fuiste. Esta es tierra sagrada. Nadie puede pisarla y sobrevivir, está escrito así.

—¿Escrito dónde? —quiso saber Val.

—En las Tablas de las Sagradas Leyes Astrales. Este es el centro del Universo que tú conoces. Desterrado. Aquí estuvo un día el poder supremo y la máxima sabiduría del Cosmos.

—Estuvo, es posible —replicó Val, airado—. Pero hoy en día ¿qué hay de todo eso? Sólo ruinas, olvido y jungla. La selva ha invadido la gran ciudad de los cíclopes. Ellos ya no están. Tú eres insignificantemente pequeño como yo, seas quien seas. Y los Guardianes Eternos, ya sólo son piedra inmóvil, petrificadas sus figuras por una eternidad.

—¡Mientes! —aulló el ser de la cabeza de huevo, agitando ahora sus brazos, con lo que sus manos emergieron de sus ropajes, en ademanes violentos. Las manos más desagradables y feas que jamás viera Vultan en toda su vida. Largas y huesudas, sarmentosas, de dedos interminables, flacos y curvados, de uñas afiladas y ganchudas

como las garras de aquel ave maligna que, todavía a su lado, le miraba siniestramente, como esperando sólo una orden para despedazarle con su pico terrorífico. La voz del ser se elevó, chirriante, explosiva—: ¡Mientes, Desterrado! ¡Este sigue siendo el mismo centro del Cosmos, y aquí, con los Guardianes Eternos, está el Androide Magno, la criatura que volverá a la vida el día que los dioses del Universo señalen al hombre elegido, capaz de salvar a las galaxias del peligro de la Zona Prohibida y de sus sombras inviolables!

—Los dioses se fueron un día, muertos o vencidos —dijo Vultan fríamente, poniéndose en pie—. Y se quedó sólo esto: su morada suprema, recinto de seres superiores. ¿Quién eres tú, aunque te conviertas en mi juez y verdugo, para erigirte en algo o en alguien dentro de este recinto de dioses y criaturas inmortales?

—Soy Luzbelik, Señor de las Sombras de Olimpus Galax, o Imperio de los Dioses Galácticos. Sólo yo permanezco aquí, guardando los sagrados vestigios del poder supremo, preservándolos de la violación de los extraños como tú. Es ley, y debe cumplirse, que allí donde moraron los Dioses, ningún mortal podrá morar, ni tan siquiera hollarlo con su pie.

—Olimpus Galax —repitió Val, maravillado, mirando en torno suyo a la titánica y fabulosa estancia donde se hallaba en presencia de inmensas y pétreas figuras sentadas en sus sitiales de los flancos, y remachadas por aquel gran trono en el que se hallaba acomodado, quieto y yerto como los Guardianes Eternos, el Androide Magno, el Super-robot de las Estrellas llamado también, con su ingente estatura, su aspecto, mitad humano mitad mecánico, con su figura de humanoide extraño, brillante, metálico y frío, de color azul brillante, con ojos diamantinos, inmóviles en la nada—. De modo que esto es Olimpus Galax, el Reino de los Dioses... ¿Y qué se hizo de ellos, Luzbelik?

—Se fueron —se encogió de hombros, con aire repentinamente cansado, el que se hacía llamar a sí mismo Señor de las Sombras—. Se fueron para no volver jamás. Y al faltar su aliento vital, los Guardianes se convirtieron en piedras, y el Androide Magno se detuvo para siempre. Nadie en el Universo, salvo los Dioses y su futuro Elegido, podrán devolver la vida, mover una sola vez siquiera, a la figura del Androide Magno.

—Magno puede llevar centurias así —comentó Vultan, sombrío, estudiando la mole inmensa del androide metálico de rostro de humano idealizado, de viejo mito olímpico—.

¿Quién sabe cuándo llegará ese Elegido para devolver su esplendor a Olimpus Galax?

—Mientras ello sucede, yo soy el único facultado para morar aquí. Los demás, deben morir todos. Es la ley, Desterrado

—¿Y ella? —señaló Val a la mujer hermosa y desnuda, con un gesto—». ¿Quién es ella y por qué sobrevive aquí contigo, Luzbelik?

—Ella es Agora, Desterrado. Y Agora no puede morir. Ella tiene derecho a estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque es la sacerdotisa del templo de la Fe Cósmica. Entregó su vida a ese ritual y cuida y preserva también estas sagradas ruinas. Está escrito que la mujer que se dedique a tan elevada tarea, en ella permanecerá, inmortal, hasta el fin de los tiempos. A menos que el Elegido, cuando llegue, escoja para ella, otro destino.

—Entiendo —la miró largamente—. ¿También tú, Agora, estás de acuerdo en que yo debo morir ahora por profanar esta ciudad muerta?

—Tú lo has dicho. Profanaste la ciudad. La ley dice que quien eso haga, morirá. Yo no soy la ley. Tampoco Luzbelik lo es.

—De modo que tu voto es afirmativo —dijo Val amargamente—. Debo morir...

—Personalmente, no lo desearía —los ojos de ella tenían un color rojo profundo, extraño y misterioso. Brillaban como ascuas, allá en sus hermosas y rasgadas órbitas—. Como mujer y como ser humano, imploro la clemencia de Luzbelik, que es sólo la clemencia misma de los Dioses. Pero si estos no me escuchan, y Luzbelik se niega, ¿qué otra cosa puedo yo hacer por ti, Desterrado?

Y su rostro dulcísimo y a la vez firme y enérgico como el de una estatua de piedra viviente, se encaraba al suyo, con un aire de total impotencia, como intentando persuadirle de qué aquello era todo lo que ella podía hacer por su vida y su persona. Demasiado poco, a juicio de Val Vultan, que veía cada vez más próxima la inapelable sentencia.

—Muy bien —se volvió lentamente, con aire majestuoso, hacia el hombre desagradable—. No espero clemencia de tí, Luzbelik. Haz lo que dictan vuestras leyes. No me opondré a ello. Podría luchar por mi vida si quisiera, pero imagino que ello no me serviría de nada. Tu monstruo alado puede despedazarme en cualquier momento.

—Bastaría una orden mía —asintió con fría malevolencia el Señor de las Sombras—. Pero no te reservaré tan cruel destino, a menos que me obligues a ello. Esto es una sentencia, un sacrificio, no una revancha ni una crueldad. Te dará muerte lo que los propios Dioses crearon para terminar con los profanos y sacrílegos.

—¿Qué es ello? —quiso saber Val Vultan»

—Eso —señaló hacia la bóveda de la vasta sala—. Es el instrumento mortal del Templo Prohibido de Olimpus Galax. Avanza, Desterrado. Camina hasta poner tu pie en la losa negra, y espera erguido, en su centro. Lo demás vendrá por sí solo. Será la justicia de los dioses.

Val se estremeció al contemplar el techo. Una enorme piedra en forma de estrella, pendía de su centro, como una lámpara o un adorno. Pero era obvio que apenas pisase la gran losa negra, circular, que se hallaba en medio de la inmensa sala, algún ingenio oculto, un mecanismo cualquiera, activaría un resorte y la piedra descendería en vertical sobre él y la losa negra, aplastándole en el acto.

—No creo que los dioses necesiten de utensilios mecánicos —protestó Vultan con acritud, encarándose de nuevo con Luzbelik—. Eso es algo preparado por manos no divinas. Y bastará un mecanismo vulgar para morir. ¿A eso le llamas justicia divina, Luzbelik?

—¿Qué pretendes decir con eso? —rugió el hombre de cabeza oval.

—Sólo una cosa: acusarte de falsario y embustero. No me extrañaría que tú solo te hayas adjudicado el papel de guardián de la Ciudad Prohibida de los Dioses, cuando éstos la abandonaron por razones que no logro entender aún. Y que toda tu supuesta justicia y tus leyes y doctrinas, sean tan falsas como tú mismo.

—¿Te atreves a decir eso? —bramó el acusado, con una horrible luz cárdena centelleando en los globos incoloros que saltaban de sus cuencas, desorbitados por la ira—. Haré que tu muerte sea mucho peor, mil veces más dolorosa y lenta, por haberme injuriado gravemente y haber ofendido así los designios divinos de los dioses del Universo, maldito Desterrado, criatura insignificante y ruin. ¡Halzor despedazará tu cuerpo ferozmente!

-—¡No, Luzbelik, piedad para él! -—clamó ahora la voz de Agora patéticamente—. ¡No le condenes a un fin tan horrible! ¡Que sea breve y piadosa su muerte!

—Sólo si se arrastra a mis pies y pide clemencia diez veces, suplicando perdón por sus blasfemias, seré benévolo con él y le daré una muerte justa —dijo con altivez el guardián de la Ciudad Muerta.

—¡Cerdo! —le acusó Val duramente—. ¡Nunca me rebajaré a tanto con una humana escoria como tú! ¡Ahora veo claro lo que eres! ¡Todo lo que haces es una superchería maldita, para mantener vacía y olvidada esta ciudad, y que el Elegido nunca llegue a ella, puesto que su retorno significaría el fin de esta ruina, el esplendor de los dioses y el regreso a la vida del Androide Magno, que puede vencer a la Injusticia y al Mal. ¡Tú, Luzbelik, representas a ese Mal! ¡Tú procedes de la Zona Prohibida, por eso eres Señor de las Sombras! ¡Las Sombras del Terror y de la Muerte son tu auténtico reino, farsante!

—¡Muere, necio! —rugió Luzbelik, agitando sus brazos dantescamente. Y gritó una orden cruel e implacable a la monstruosa criatura alada—. ¡Mata, Halzor! ¡Mata, despedaza, destruye!

El horrible animal emitió un chillido feliz y agitó sus alas, clavando su mirada maligna en Val Vultan. La desnuda y hermosísima

Agora gritó todavía, puesta de rodillas ante Luzbelik para implorar la piedad. Una piedad que aquel ser desconocía por completo.

Halzor levantó el vuelo. Y se precipitó sobre Val con su horrible pico abierto, dispuesto a despedazarle sin compasión...

4

Val Vultan contempló la llegada de la muerte. No podía hacer nada por evitarla. Ni siquiera podía luchar, porque aquella ave maligna era invencible. Su cuerpo atlético, vigoroso, de luchador indómito permaneció erguido, sereno, como si no fuese el horror de una sangrienta agonía lo que se le venía encima en ese momento.

Sólo tuvo aliento para murmurar, mientras clavaba sus ojos helados en el monstruo volador que venía hacia él:

—Dioses, ayudadme, si realmente merezco sobrevivir... y si aún sois capaces de hacer que en vuestra vieja ciudad olvidada exista la ley verdadera, que castiga al malvado y premia a quien no causó daño alguno...

El pico terrorífico se abrió sobre él, como una mole destructora, a punto de despedazarle.

Val ni siquiera pestañeó. Sus manos se alzaron, en un movimiento instintivo, protector, y las situó entre sus ojos y el pico del ave, que tenía la clara intención de picotearle en ellos para dejarle ciego en principio, hasta terminar luego su feroz obra.

El pico golpeó su mano. Sintió el dolor y corrió la sangre entre sus dedos. Luego, esa sangre goteó sobre las losas inmensas de las gradas que daban acceso al trono del inmóvil androide.

Los ojos desorbitados de Agora, contemplaban lo inevitable, mientras el rugoso rostro amarillo de Luzbelik no revelaba emoción alguna.

En ese momento, ocurrió lo increíble.

Pareció crujir toda la piedra de la vasta sala, e incluso del edificio mismo que fuera albergue de dioses y que ahora conservaba el pétreo recuerdo de los Guardianes Eternos.

Despavorido, Luzbelik se volvió hacia atrás, al sentir a sus espaldas la presencia de algo vivo y poderoso, haciendo estremecer el suelo y sus cimientos ciclópeos. Un alarido de supremo horror e incredulidad, brotó de lo labios.

La increíble figura del Androide Magno, gigantesca y poderosa, estaba ahora a sus espaldas... ¡pero en pie y dotada de vida!

Agora gritó, mirando con estupor la escena insólita. El ave emitió otro chillido y, cuando intentaba saltar de nuevo sobre Val, una mano inmensa, como de piedra azul o de metal desconocido, se elevó en los aires, alcanzando al animal sanguinario.

Fueron dedos de muerte, devastadores y titánicos, los que se cerraron sobre las alas y la cabeza del ave asesina, y al presionar con toda simplicidad, el animal monstruoso emitió un largo, agónico chillido, y su cuerpo se hizo una pulpa informe, sangrienta, que se desprendió de la ciclópea mano como un pelele roto, pulverizado.

El androide, con una sola de sus manos, había masacrado en un instante al verdugo monstruoso que Luzbelik lanzara sobre Val Vultan.

Y ahora, la figura colosal estaba volviéndose, implacable, hacia el propio Señor de las Sombras. Val Vultan observó en su metálico rostro azul una expresión extraña, como de odio y de furia contra el hombre que fuera su juez poco antes.

Estuvo seguro de algo: el androide iba a aplastar ahora a Luzbelik.

—¡No, espera! —gritó el Desterrado, cuando ya la mano colosal se alzaba, para caer inexorable sobre su víctima aterrorizada.

Y entonces, para pasmo de todos, el androide detuvo su mano en el aire.

Había obedecido la voz de Vultan.

Algo que, según el Oráculo del Cosmos, sólo haría el Androide Magno cuando el Elegido de los Dioses llegara a la ciudad de los Guardianes Eternos.

Incrédulo, el propio Val se quedó contemplando aquella inmensa mole viviente que sólo unos momentos antes parecía colosal estatua de piedra o de metal azul, con apariencia humana, pero con una envoltura que no podía ser sino metálica o pétrea, y en ningún caso una epidermis de humanoide.

Aquella torre viva, ingente, que era el Super-robot de que hablaban los mentideros cósmicos, pero que nadie hasta entonces había visto cara a cara, al menos entre los mortales humanos, permanecía inmóvil aún, como esperando algo. Quizá una nueva voz, una orden diferente.

Pero eso no era posible. Val Vultan sabía que no era ni siquiera imaginable esperar que él, precisamente él, un oscuro y triste Desterrado, enviado por el Imperio Galáctico a su destierro de eternidades, pudiese ser el Elegido que todos esperaban. Eso no entraba en la mayor fantasía previsible. Eso, sencillamente, no podía ser.

Pero lo cierto es que el gigantesco androide estaba allí, parado, su mano ominosa, implacable como una amenaza mortal, todavía pendiente sobre la cabeza del aterrorizado Luzbelik que, desesperadamente, miraba ahora a su víctima anterior, como implorando toda la piedad y clemencia que él había sido incapaz de aplicarle a él.

—Por favor… Por caridad… —rogó con voz quebrada—. EL., el

Androide Magno... parece que ha obedecido tu voz... Vultan, no puedes permitir una muerte así... No me sentenciarás sin dejar que me defienda, que me justifique...

—¿Defenderte? ¿Justificarte? —Val le miró, despectivo, con ojos centelleantes de justa ira—. ¿Acaso me permitiste eso a mí, fantoche maldito? ¿Me escuchaste, me concediste la menor clemencia? Además, yo no tengo voz ni mando sobre ese ser. Es demasiado grande, demasiado gigantesco y poderoso para que yo, un mísero Desterrado, un hombre sin tierra ni patria, sin destino ni futuro, pueda significar algo para él y para sus intenciones...

—¡Tú le has detenido! —clamó Luzbelik, exasperado, agitando ahora sus manos esqueléticas con un aire muy diferente al anterior, dominante y tiránico. Era un hombre angustiado, aterrado por la idea de morir—. ¡Tú puedes ordenarle lo que desees! ¡No sé cómo sucedió, pero lo has conseguido! ¡Y el que tenga el poder de controlar a ese coloso de la técnica y de la voluntad de los dioses, tendrá en sus manos el dominio de Olimpus Galax, del planeta todo... y quizá del propio Universo!

—Estas loco —rechazó Val, encogiéndose de hombros. Pero miró al titán llamado Androide Magno—. No es posible que yo pueda hacer nada sobre su voluntad... ni sobre la de los dioses. No soy nadie, nunca lo he sido...

—¡Por caridad! ¡No le permitas bajar esa mano! —sollozó ahora el antes tiránico y todopoderoso Señor de las Sombras, cayendo de rodillas entre sollozos de terror—. ¡Si no dices nada, si no impones tu autoridad, terminará por bajarla y aplastarme!

—Está bien. Seré más noble que tú lo fuiste conmigo, maldita rata —silabeó Val, asqueado. Alzó los ojos y los fijó en la impávida faz metálica del androide—. Magno, si realmente eres capaz de obedecer mi voz... aparta tu mano de ese hombre. No ataques a nadie, mientras ni tú ni yo seamos atacados.

En un silencio dramático, ante el general estupor, la mano inmensa comenzó a bajar... pero lentamente, y hacia el costado del androide, sin rozar lo más mínimo a Luzbelik. Este, más amarillo que nunca, con sus globos oculares saltones y sin color, teñidos de un azul lívido que debía indicar su reacción ante el pánico, jadeó al ver alejarse el peligro. Y luego, con un ronco murmullo de admiración y respeto, se dejó caer de bruces, como en muda adoración de Val Vultan, el cual le contempló fríamente, sin revelar en su gesto emoción alguna.

—Lo has logrado —musitó roncamente Agora, clavando ahora en él sus ojos carmesí, brillantes y excitados. Su hermosa desnudez temblaba ostensiblemente, con una rara sensibilidad—. ¿Te das cuenta, extranjero? ¡Lo has logrado! ¡Tú... *tú mandas y él te obedece*!

¡Tienes poder sobre el Androide Magno creado por los Dioses! ¡Eso significa que TU ERES EL ELEGIDO DE LOS DIOSES!

—No, imposible —rechazó Val-—. No tiene sentido, mujer. Eso no puede suceder. Después de todo, ¿quién soy yo para convertirme en... en el Elegido?

Y en ese momento, a sus espaldas, un temblor profundo, hizo vibrar las piedras todas de la gran nave. Agora gritó apagadamente, con su asombro y temor, y los murmullos patéticos del aterrado Luzbelik crecieron de grado, mientras su cuerpo, abyectamente inclinado en respetuosa obediencia, temblaba espasmódicamente.

Val Vultan se volvió. Y presenció lo increíble.

Las figuras de piedra de los Guardianes Eternos, parecían cobrar vida, todas a la vez. Sus rostros de gárgolas fantásticas, se volvían hacia él, muy despacio, y unas voces sonoras y profundas, como un coro lejano y litúrgico, brotaban de las figuras míticas allí alineadas:

—Los Dioses han elegido. Nosotros, sus Guardianes Eternos, saludamos en ti, humano, al hombre que, limpio de alma y de mente, noble de espíritu y fuerte de cuerpo, puede empuñar la bandera de la fe y de la antigua grandeza cósmica de aquellos que, enviados por El Hacedor, gobernaron los mundos y las galaxias, para la continuidad del perfecto equilibrio cósmico. Nosotros, en nombre de los Dioses cuyo Oráculo de Fe guardamos, te nombramos ahora nuestro Elegido, como elegido fuiste por todos ellos. Y que el Androide Magno, llamado también *Magnus*, sea tu fiel servidor, obediente y leal, siempre que tu voz y tu voluntad estén gobernadas por el sentido de la justicia, el amor y la libertad para todas las criaturas el Universo.

En silencio, realmente asombrado por todo cuanto sucedía en torno suyo, Val Vultan contempló aquellas míticas figuras que estaban encima del Tiempo y del Espacio, y cuya voz sonora acababa de proclamarle como el Elegido, sin lugar a la más leve duda.

El Elegido...

Costaba trabajo admitir eso. El, un desterrado... ser escogido por los Dioses Cósmicos. Ser la persona que podía controlar y gobernar al Androide Magno... y luchar por el retorno al Antiguo Orden, a los tiempos en que los Imperios Galácticos no eran una tiranía, cuando los hombres de todos los planetas habitados del Universo aún tenían fe y... amor, aún creían en el Supremo Hacedor, Dios de todos los Dioses o criaturas de su confianza, y aún se amaba, se vivía en paz y no se odiaba ni condenaba a nadie sin motivo...

¿Podría él. Val Vultan, llegar tan lejos en una tarea así, tan ingente y fabulosa, aún con la ayuda del Androide Magno!

Cierto que había oído hablar a los sabios y a los profetas sobre las criaturas de apariencia humana, cuerpo metálico y mente y músculos de ciencia cibernética superior, de mecanismos casi portentosos, que

ningún científico humano podía alcanzar todavía en perfección, porque aún en cualquier mundo, por avanzado que fuese, un robot seguía siendo un robot, pero un robot jamás podía parecer un androide…

Y menos aún, conseguir un robot virtualmente humano, con el volumen y… dimensiones del coloso Magnas titán del Olimpo cósmico de aquel planeta misterioso y remoto adonde su destino le había conducido.

—Dios mío… —susurró, cerrando sus ojos con fervor—. Y dioses en quienes siempre creí… Gracias. Gracias por tan inmerecido honor. Si realmente habéis querido que vuestra humilde criatura Val Vultan sea El Elegido… procuraré estar al nivel de lo que de mí esperarais. Juro ante vosotros todos, tener fe ciega, no dejarme vencer por el desánimo ni por el dolor, ser fuerte y firme, justo y honesto, noble y fraterno con quien lo merezca, inflexible y duro con quien se haga acreedor a ello. ¡Lo juro, Dioses del Universo!

E inclinó su rubia cabeza con una fe y una energía indomables, concentrándose en aquella solemne promesa que le ligaba a una obra, a una actitud, a un futuro en el que él ya no sería siquiera Val Vultan, en que dejaría de ser él mismo, para convertirse en un instrumento divino, en una criatura al servicio de los más altos y supremos designios de aquellos que, invisibles en el Cosmos regían al maravilloso equilibrio de los mundos.

Ahora, cuando sabía ya, sin lugar a dudas, que era El Elegido, sintió la necesidad de caer de rodillas ante el coloso mismo que de él dependía, en signo de humildad ante el poder de los creados y de su Creador. Y en ese mismo instante, una luz cegadora destelló en las alturas, abriéndose paso a través de la piedra, como en un imposible, y envolvió a Val Vultan en un halo dorado, resplandeciente y mágico, acompañado por lejanísimos, remotos ecos de coros angélicos de otra dimensión o de otros confines más allá de lo visible y de lo tangible.

Justo en ese momento, un alarido salvaje, desgarrador y brutal, escapó de labios de Luzbelik, que se agitó como en un espasmo doloroso, emitió luego unas palabras obscenas y otras cabalísticas, ininteligibles para Val, desapareciendo luego en una súbita humareda roja, que brotó del suelo, de las baldosas gigantes, como de un volcán invisible.

Cuando la llamarada y su negruzco humo se disolvieron en el aire quieto y legendario de la Ciudad Muerta, Luzbelik ya no estaba allí. Era como si jamás hubiera existido. Pero Val sabía que sí existió, que poseía poder sobre un pajarraco siniestro y sanguinario llamado Halzor, y que la sacerdotisa Agora, allí presente todavía, con la mirada fija donde se hallara antes su acompañante de faz amarilla y estirada, el diabólico Señor de las Sombras…

—Se fue... —jadeó ella, con voz apagada.

—Se fue, sí... —asintió Val con dureza—. El era el Mal. El espíritu mismo del Mal...

—¿Cómo es posible? —gimió Agora con una expresión de angustia en su bellísimo semblante—. Yo le creí protector de estas ruinas, guardián de la eterna paz de nuestros dioses...

—¿Paz eterna? —Val rió, asintiendo—. Quizá. Eso sí es posible, Agora, mujer desconocida. Pero paz eterna para que los dioses jamás volvieran a regir los destinos de los humanos habitantes de los planetas. ¿Sabemos tú y yo acaso qué ha sido de ellos desde que faltaron de Olimpus Galax, desde que esta ciudad, en otra época resplandeciente y magnífica, se convirtió en víctima de la jungla y de la oscuridad, hasta ser sólo ese montón de ciclópeas ruinas que es ahora? ¿Qué sucedió realmente aquí, para que nunca más hayan vuelto sus divinos moradores, ni hayan despertado del pétreo letargo los Guardianes Eternos, ni el Androide Magno haya vuelto a la vida?

—Eso no lo sé. Nadie lo sabe... —susurró Agora—. Cuando llegué aquí, Luzbelik era amo y señor de estas gloriosas ruinas. Me recibió hostilmente, como a ti. Pero luego me ofrecí a los dioses en servicio eterno, y me perdonó la vida, concediéndome el sacerdocio del Templo del Oráculo, llamado también de la Fe Cósmica.

—El templo... —Val afirmó despacio, la mirada vagando sobre ella, sobre el Androide inmóvil y expectante, sobre las figuras de los Guardianes en sus sitiales, de nuevo herméticos y callados—. Entiendo eso. El no quería que tú fueses sacerdotisa de nadie. Era un engaño, una mentira más de su mente perversa. El quería una mujer aquí. Una hembra. ¿Nunca te propuso otra cosa que servir solamente a los dioses, mujer?

Ella bajó la cabeza. Su rostro nacarado pareció ruborizarse. Los pechos virginales temblaron.

—El me ofreció en sacrificio a los dioses. Y él mismo encarnó a la voluntad de esos dioses, poseyéndome en su nombre... Dejé de ser virgen en sus brazos, en e! altar de la Fe Cósmica...

—¡Maldito canalla impío! —fulguraron con violencia los ojos airados, furiosos, de Val Vultan. Sus nudillos se blanquearon bajo la piel bronceada, a costa de contener su furia ahora imponente—. ¡El te violó, te ultrajó suciamente, pero no en nombre de nadie, y menos aún de los dioses, sino en el suyo propio! ¡Es un cerdo ruin, que se aprovechó de ti engañándote con falsas leyendas! Los dioses jamás poseen a mujeres vírgenes. Es un sacrificio ilegal que está castigado por las leyes supremas del Universo. Todo lo que va en contra la voluntad del ser inteligente, contra su libertad o su albedrío, va en contra del equilibrio universal. Así, hay planetas donde se mata, en otros se hace la guerra, en otros se destierra o se aniquila... Conozco

ese clase de planetas. Yo vengo de uno de ellos. Todos son ajenos a los dioses y a su voluntad superior. Todos son blasfemos, perjuros y viles. Todos los hombres que matan, odian y castigan, merecen mil veces ser exterminados. Su cobardía, su ferocidad, su odio y su violencia, irritan a los dioses. Pero en todas partes hay hombres como Luzbelik. En todas partes hay maldad y perfidia, insidia y crueldad. Los seres como Luzbelik rompen la dignidad, el honor y la ingenuidad de mujeres como tú, limpias de espíritu y de alma. Dime, ¿de qué mundo y galaxia procedes?

—Del planeta Ox, en la Gran Galaxia de Titania. A más de un millón de jornadas lumínicas de este mundo increíble habitado por titanes en otros tiempos...

—Titanes que fueron dioses y ahora sólo el Oráculo sabrá qué son y dónde están —sentenció amargamente Val Vultan, mirando en derredor suyo con abatimiento—. Me pregunto qué sucedió para que esta ciudad, centro del Universo, resultara abandonada y la invadiesen la selva y el olvido, desapareciendo sus divinos moradores, Agora. Y eso es lo que quiero descubrir ahora.

—¿Tú? —ella vaciló. Miró, estremecida aún, a los residuos sanguinolentos del ave Hazor y las losas vacías, donde momentos antes estuviera el siniestro Luzbelik—. ¿Crees que podrás, aunque hayas sido El Elegido?

—Aún no lo sé. Por eso dije que quiero conseguirlo, no que lo alcance... —Val paseó por el amplio templo, y luego contempló largamente al androide colosal, al lado de cuyos pies, inmensos, él era un simple pigmeo. Podía decirse que su altura sería, aproximadamente, la de cien veces o más la suya propia. Un coloso increíblemente gigantesco y poderoso. Inesperadamente, sobresaltó a Agora, hablando al robot de apariencia humana—: Magnus, amigo mío, ¿qué puedes responderme tú a eso? ¿Donde están los dioses que te abandonaron?

Y ante el estupor de ella, compartido en gran parte por Val, de aquel cuerpo ingente brotó una voz poderosa, que retumbó sonoramente en los altísimos muros de piedra viva:

—La respuesta está en el Oráculo, señor. Pero yo te anticipo que ahora los dioses están olvidados y perdidos, donde nadie puede dar con ellos...

Val reflexionó, mientras los ecos de aquella potente voz rebotaban de muro en muro, de bóveda en bóveda, hasta casi el infinito. Agora, lentamente, se iba aproximando a él como temiendo verse sola frente a tanto prodigio inconcebible. Sin embargo, el androide gigante no se movía, no amenazaba a nadie, no significaba en absoluto un peligro, sino más bien una protección, un gran protección para ambos.

—El Oráculo... —Val asintió—. Entiendo, sí. ¿Y los Guardianes Eternos? ¿Por qué son sólo estatuas de piedra que únicamente hablaron una sola vez?

De nuevo Magnus, el androide gigante de la ciudad de los dioses, dio su respuesta:

—Ellos fueron convertidos en piedra cuando los dioses se marcharon, porque las fuerzas de la Oscuridad así lo quisieron, y los dioses para entonces estaban vencidos por la maldad y la traición. Aun así, su voluntad sobrevive a sus personas, y aun en la piedra viva pervive la voz de su designio altísimo, que te ha calificado a ti, mi señor, como El Elegido que ha de salvar a los dioses de su perdición y devolver al Universo su equilibrio perdido.

La voz del gigantesco androide artificial era extrañamente suave y profunda, grave y bien modulada, pese al volumen colosal de su figura. El rostro metálico, era frío, inmóvil, de facciones humanas perfiladas en aquella materia que no se llegaba a saber exactamente si era piedra o metal, o una materia desconocida, que ,sólo los seres superiores de Olimpus Galax conocían.

El cuerpo era armonioso en su grandiosidad de estatua ciclópea, de un matiz azulado, metálico, pero singularmente flexible, como un cuerpo humano de fibras misteriosas, sin la rigidez cibernética y mecánica de cualquier robot de los conocidos en los pueblos civilizados de las galaxias.

Y aquel coloso cuyo interior le resultaba perfectamente desconocido a Val Vultan, aquel mítico ser del que oyera hablar en leyendas y comentarios a través de muchos mundos habitados, era ahora suyo. Totalmente obediente a sus órdenes. Era un ser aparentemente inteligente, o dotado de una memoria cibernética fabulosa, que podía conversar, obedecer, moverse... y quizá sentir, si realmente era obra de dioses y no de hombres.

—¿Estamos solos en esta ciudad?—se interesó Val.

—Solos, sí —respondió el androide.

—¿Por qué te mantenías inmóvil y callado hasta ahora?

—Porque así estaba escrito, y yo cumplo las leyes. No podía sentir, ver ni oír. Pero mi subconsciente registró hechos y cosas. Sé que Luzbelik era el Mal. Sé que Agora fue engañada y ultrajada.

—¿Agora es de tu agrado?

—Sí, lo es. Es noble y buena. No tiene maldad ni doblez. Pero tú debes juzgar. Eres el Elegido. Se supone que tu inteligencia es superior a la de todo otro mortal. Tus decisiones son leyes, por dictado exclusivo de los Dioses. Yo te obedezco, simplemente. No juzgo. Tú juzgas. Yo cumplo lo que me digas.

—Deseo que ames a Agora y la protejas de todo mal, aunque yo no esté delante.

—Lo haré, señor. Tu palabra es ley para Magnus.

—Ella es mi amiga. Mi compañera. Yo la protejo. Tú también.

—Sí, mi señor.

Agora tenía lágrimas en sus ojos de pupilas carmesí. Se acercó a él. Le miró cálida, tiernamente. Luego, puso una mano estilizada y suave en su brazo.

—Gracias, Elegido —musitó.

—No me llames así. Tú, no —los ojos graves de él se fijaron en el hermoso rostro femenino—. Para ti, soy solamente Val Vultan. Mejor aún mi nombre tan sólo: Val...

—Me gusta llamarte así. Val... —entornó ensoñadora- mente los ojos. Sus dedos presionaron suave, dulcísimamente, su brazo—. Eres hermoso y fuerte. Joven y poderoso, temí por tu vida, pero Luzbelik me tenía dominada, oprimida. Me daba miedo, le temía... Y deseaba salvarte de alguna forma, pero él era implacable. Y yo creí que hablaba en nombre de los dioses, por eso no le podía decir nada, no podía luchar contra él...

—Lo entiendo muy bien. El era tan astuto como malvado. Y seguirá siéndolo, donde ahora esté.

—¿Crees que está en alguna parte? —pestañeó ella, sorprendida.

—Claro. Se limitó a desaparecer, apelando sin duda a sus poderes. Es una mezcla de mago y tirano, de brujo y de demonio. Estoy seguro de que ahora se halla lejos de nosotros, donde nuestro poder está incapacitado para alcanzarle.

—¿Dónde puede ser eso?

—No sé... En un mundo de sombras, siniestro y malvado. En un lugar del Universo adonde no llegue la luz ni el espíritu de la fe, el amor, la fraternidad de los seres vivientes y la paz de los pueblos del Cosmos. Algún recóndito mundo lleno de horror y maldad, sin duda alguna.

—¿Y podrá hacer algo contra nosotros desde allí?

—Es posible. Lo hizo incluso contra los propios dioses.

—¿Fue él quien causó la muerte de esta hermosa ciudad?

—O él, o los suyos, Agora. En realidad, creo que le dejaron aquí para impedir que llegase el Elegido de que hablaban los escritos del Oráculo. Temía que ese día pudiese marcar el retorno de los dioses y el desastre de los espíritus maléficos. Pero puede que haya otros peores y más poderosos que él.

—Me da miedo pensar en todo eso...

—A mí ya no puede asustarme nada —sonrió Val, revelando cierta ternura en su rostro duro y musculoso—. He vivido el destierro, he estado tres veces al filo de la muerte, y nada puede perder ya un hombre que sea más fuerte y valioso que la libertad, la tierra propia... y la vida. Por ello no me arregla nada. Vamos, Agora. Salgamos de

aquí.

—¿Adonde, Val? —musitó ella, aferrándose a su mano instintivamente.

—Al Templo de la Fe Cósmica. Adelante, Magnus. Llévanos allí, amigo.

—Sí, mi señor —dijo el gigantesco androide, el super- robot de las estrellas, creado por los dioses—. Subid sobre mí. Yo os conduciré.

Y bajó su mano que, dulcemente, les recogió, conduciéndoles a su hombro, donde les aposentó con suavidad. Recomendó, antes de echar a andar:

—Aferraos a esos cables que veis partir de mis tendones laterales. Será suficiente para viajar tranquilos, sin temor a una caída. Os hará falta viajar así conmigo, hasta que os facilite las Alas del Poder.

—¿Las Alas del Poder? —repitió Val—. ¿Qué es eso?

—Lo sabrás pronto, mi señor. Cuando lleguemos al templo De la Fe Cósmica, y el Oráculo te revele la gran verdad de tu destino...

Se aposentaron allí. Aferraron unos cables que brotaban de su cuello, y que parecían un asidero seguro. Luego, el androide gigante se movió hacia las altas cortinas oscuras. Penetró a través de ellas, con destino desconocido.

SEGUNDA PARTE

EL RETORNO DE LOS DIOSES

1

Era el templo.

El Templo de la Fe Cósmica, llamado también Templo del Oráculo Astral.

No estaba lejos del recinto de los Guardianes Eternos, pero hubiesen tardado en llegar, a no ser por el vehículo excepcional que les trasladó de un recinto a otro.

Magnus avanzaba con la rapidez de la centella. No lo parecía, porque sus movimientos eran armoniosos y breves, pero sus pasos de gigante, a través de las ruinas de la ciudad titánica, podían llevarles a cualquier parte en breves momentos.

Así habían cruzado la avenida amplia e interminable que, entre colosales monumentos y edificios ciclópeos, se seguían allí en la sombra, rodeados por la amenaza creciente de la invasión selvática, inexorable en su dominio de las piedras ruinosas y olvidadas, donde un día moraron los dioses del Universo.

Y ahora, estaban delante mismo del Oráculo.

—Este es mi recinto —-dijo Agora, con un murmullo respetuoso,

que creció en susurros repetidos, de muro en murió, hasta que sus ecos se perdieron en la distancia—. Pero yo tardo mucho habitualmente en recorrer esta distancia, puesto que jamás pude viajar así. Jamás, desde que llegué a este planeta, he visto mover un solo dedo al androide.

Val asintió, pensativo. Estaba contemplando el Oráculo.

Era una enorme, gigantesca piedra verde, de materia desconocida para él, mezcla aparente de minerales fosforescentes, tallada con enigmáticos signos y dibujos indescifrables para él y, posiblemente, para otros muchos.

—¿Qué significa lo aquí escrito? —quiso saber si Agora era más sabia que él en esa materia.—. ¿Lo sabes tú?

—No. Son grandes misterios del infinito. Es lo que me decía siempre Luzbelik cuando pretendía descifrarlos.

—Tal vez mentía, o tal vez no —comentó Val, reflexivo, paseando como un pigmeo insignificante, ante la grandiosidad de aquellas dimensiones pétreas que le rodeaban—. Creo que nunca sabremos su verdadera sabiduría y conocimiento de las cosas que nos rodean, hasta que demos con él y podamos saber de dónde procedía realmente y cuál era su misión exacta aquí.

Agora le señaló una enorme puerta por la que cabía fácilmente Magnus, el gran robot de apariencia humana que permanecía en pie junto a ellos, como indiferente a todo. Val hizo otra prueba. Se volvió a Magnus.

—¿Conoces tú el contenido de la piedra verde, los grabados del Oráculo? —quiso saber.

El androide negó lentamente.

—Nunca se reveló a nadie —dijo —. Es un secreto de los dioses.

—Entiendo —asintió Val—. Y como tal secreto, solo a ellos puede ser revelado mi propio destino.

—Sólo a ellos, señor —corroboró el super-robot.

—Pero tú dijiste que aquí encontraría revelado mi propio destino…

—Es cierto. Sólo que no será el propio Oráculo quien te lo revele, sino el testamento de los dioses.

—¿El testamento de los dioses? ¿Qué es, y dónde está?

—Ten paciencia. El, por sí solo, se te revelará. Está escrito así.

Val Vultan no comentó nada. Todo era demasiado enigmático, demasiado sorprendente, para extrañarse ya de nada o dudar de la palabra de su fantástico siervo. Se volvió a Agora y señaló la puerta ciclópea.

—¿Adonde da ese paso? —indagó.

—A la sala de los rituales —explicó ella—. ¿Deseas verla?

—Si no es sacrilegio…

—No creo que lo sea, puesto que tú eres el Elegido. Según Luzbelik, todo era sacrilegio aquí. Pero ahora sé que mentía. El no era quién para juzgar sobre eso.

—Cierto. Vamos allá.

Entraron en la cámara vecina. Andar las dimensiones de la sala de gigantes, era tarea lenta para ellos, pero esta vez no quiso utilizar Val los servicios de su fiel Magnus. Prefería moverse por sí mismo, aunque advertía que los ojos inteligentes y casi humanos del singular androide, estaban fijos en él, observando todas sus acciones.

La que Agora llamó sala de los rituales, era una especie de recinto circular, con una gran piedra también redonda en su centro. Unos escalones no demasiado elevados, ni siquiera para una persona normal, conducían a su centro. Unas rampas laterales, eran lo más accesible, y por una de ellas subió Agora, mostrándole el centro de la piedra con gesto de horror.

—Mira —dijo—. Aquí se sacrificaba a los intrusos que Luzbelik sentenciaba.

Val Vultan contempló la mancha de oscura sangre vieja sobre la piedra, y asintió ceñudo. Sus palabras sonaron duras:

—Así se deshacía de posibles enemigos —dijo—. Y evitaba que un día llegase el Elegido. Cuando menos, eso pensó equivocadamente él..

—Y allí fui yo sacrificada, violada por él, en nombre de los dioses, según sus falsas palabras —señaló la muchacha al fondo de la sala.

Val miró en esa dirección, con un destello colérico en sus ojos acerados. Pudo ver el gran dosel de sedas brillantes, sobre una serie de almohadas y tapices, en los que el tiempo había dejado su pátina ostensible. Todo allí tenía un hermetismo, un silencio absoluto e inquietante, que causaba profunda impresión. Pero Val sintió cólera al descubrir el lugar donde el perverso personaje abusó de la inocencia y buena fe de su acompañante en aquella maldita ciudad de ruinas gigantescas.

—El maldito cobarde... —jadeó apretando sus mandíbulas.

—Calla. No pienses en ello —sonrió dulcemente ella, apoyando sus manos en el torso de Vultan—. Yo procuro olvidarlo, o moriría de asco y de vergüenza...

—Sigo sin ver cómo se pueden revelar ante mí los designios sagrados de los dioses —comentó Val, ceñudo, tras una pausa—. Me gustaría saber de una vez por todas cuál será mi verdadero destino... y qué significa eso de las Alas del Poder, que mencionó Magnus.

—No te preocupes. Si tú has sido quien eligieron los dioses, ellos te lo revelarán todo a su debido tiempo y en la forma que ellos tenían prevista para este momento Val. Estoy segura de ello.

El no comentó nada. Siguió contemplando los detalles de la sala de rituales, con sus sitiales en círculo, para asistentes a actos religiosos

que alguna vez tuvieron lugar allí, cuando los dioses moraban en su tierra y en su ciudad, y los verdaderos ritos de su fe, se efectuaban en aquella amplia sala que el maligno Luzbelik destinó a los sacrificios humanos que convenían a su siniestra misión en la antigua morada de los dioses perdidos.

Súbitamente, una luz penetró por una rendija en la piedra.

Alzó Val los ojos hacia las alturas, y también Agora, que le explicó suavemente:

—Es la luz de las lunas de este mundo. Cuando llegan a su cénit, penetra su claridad por esas troneras del techo. Y van a coincidir sobre la piedra de los sacrificios... También en el otro salón entra la luz lunar, para ir a caer sobre la verde piedra del Oráculo.

—Entiendo —los ojos de Val brillaron—. Volvamos entonces a la sala del Oráculo. Intuyo que esa luz puede significar algo.

Regresaron con toda la rapidez que su pequeño tamaño en aquel mundo de titanes les permitía. Para entonces, ya Magnus movía su cabeza, les miraba, y anunciaba con voz serena, profunda y retumbante en la sala de la Fe Cósmica:

—Haces bien en volver, mi señor. Es el momento de la revelación, los dioses me lo han advertido...

Yseñaló a la piedra verde.

Val Vultan miró en esa dirección, como fascinado. La luz lunar, penetrando por las altísimas rendijas en la piedra, iba a coincidir exactamente sobre el centro mismo de la enorme piedra verde, haciendo destellar su superficie con tonalidades irisadas, fantásticas, que producían destellos multicolores en toda la sala. Agora, fascinada, comentó con voz impresionada y cálida:

—Es maravilloso... Nunca vi esos efectos de luz en la piedra, Val.

El no dijo nada. Permanecía quieto, fijo, inmóvil. Con sus ojos clavados en el punto luminoso de la piedra verde. De súbito, ese destello se hizo un resplandor irreal, fantástico, que pareció envolverles a todos en un halo de luz mágica, llegada de otros mundos.

Yla voz sonó, poderosa, retumbando en toda la vasta sala, haciendo temblar las milenarias piedras, pero sin tener un origen concreto ni definido, como si fuese simplemente una grabación o un sonido conservado prodigiosamente dentro de aquel recinto inviolable.

La voz habló. Y Val supo que era su propio destino el que llegaba con ella:

—Elegido de los Dioses, bien venido a Olimpus Galax, y que nuestra eterna bendición y protección sean contigo para guiarte por la senda del bien y de la justicia, hacia el lugar que te está reservado, más allá de la vida y de la muerte, más allá de lo conocido y lo

desconocido, más allá de lo bueno y de lo malo, de la luz y de las sombras. Elegido nuestro, recibe en estos instantes nuestro testamento oculto en el Oráculo. Es la voz de quienes te eligieron la que ahora resuena en tus oídos. De ti depende que esta voz sea algo más que un designio supremo, dispuesto hace milenios. De ti depende que las cosas mantengan su equilibrio en el Universo, y las amenazas del mal sobre los mundos habitados, deje de existir cuando te enfrentes a él.

—Os escucho, mis dioses —dijo Val, cayendo de rodillas majestuosamente—. Y en todo seguiré vuestros designios y vuestra guía, os lo juro.

—Sabemos que eres el hombre justo. Por eso te elegimos. Sabemos que eres fuerte y noble, digno y humilde, que amas y luchas, que crees y confías. Como elegido nuestro, serás dueño de las Alas del Poder y de la Luz Radiante. Poseerás el medio de trasladarte a través del Tiempo y del Espacio, y el de luchar contra las fuerzas superiores a ti. Las Alas del Poder te permitirán viajar por lo imposible, y la Daga Incandescente será tu arma contra los que pueden más que tú y más que cualquier otro ser viviente. Pero recuerda esto: sólo podrán ser usadas en la lucha justa por una causa digna. En otro caso, esos medios perderán todo su valor excepcional, y no serán nada.

—Lo escucho y lo comprendo. Espero recibir de vosotros esas Alas del Poder y esa daga incandescente. Y espero utilizar ambos medios sólo en la forma adecuada para que brille la justicia en el lugar donde yo me encuentre.

—Entonces, son tuyos ambos bienes. Y con ellos, tú mismo trazarás tu destino, que nosotros no podemos fijarte, porque el Hombre tiene marcado un destino, pero ha de ser él mismo quien se trace ese camino y lo recorra, o su libertad y su pensamiento quedarían coartados por una voluntad ajena a la suya. Y ha de ser, por encima de todo, tu voluntad misma la que forje tu persona y tu obra.

—Acepto la tarea ciegamente. Soy poca cosa para merecer tanto, pero intentaré ser digno de esa confianza vuestra. Yo, un mísero Desterrado de' un lejano planeta donde a los hombres que quieren ser libres se les destierra por vida, en un viaje eterno por las estrellas, intentaré llegar a ser alguna vez digno de haber sido nombrado por vosotros el Elegido.

—Sabemos que lo harás —trono la voz—. Es designio de los dioses, y no puede haber error en él. Tu humilde y oscuro origen, nada significa. De la más pequeña obra creada en el Universo, puede surgir la luz que ilumine a todos hacia la fe y el amor. En ti confiamos.

—Me gustaría saber dónde estáis ahora, para intentar devolveros a vuestro lugar en el Universo, a esta ciudad resplandeciente que fue la vuestra, y que ahora sólo ofrece ruinas, oscuridad y silencio. Estoy seguro de que fuerzas de las tinieblas os tienen en alguna parte, y no

os permiten el retorno.

—Tus sospechas son ciertas, pero nada podemos decirte. Nuestro error fue creernos más fuertes y sabios que nadie. La traición y la perfidia nos vencieron, porque es más fuerte la cobardía del traidor que la buena fe del que cree en los demás. Recuerda eso, y no caigas tú en el mismo error. Una fuerza superior nos impide revelarte nuestro paradero actual, pero sólo nuestro Elegido podría rescatarnos y salvar al Universo de una suerte espantosa que le acecha. Es tu obra, y sólo tú has de llevarla a cabo. Hazlo, y nuestra bendición te acompañará.

—Os escucho y obedezco. Lucharé contra quien sea, con tal de salvaros del olvido y del destierro. Los dioses volverán, y el Universo se salvará, o yo moriré en el empeño.

—No es lo peor morir, recuérdalo bien. No existe la muerte para los dioses, ni tampoco existirá ahora para el Elegido. Pero existe algo peor que la misma muerte, un destino como el nuestro ahora, que puede acecharte también a ti en todo momento, que de hecho es la peor amenaza sobre ti y sobre tu fiel servidor Magnus, que en todo te ayudará con su poderoso mecanismo. Vive siempre alerta, no te fíes de la traición y lucha con fe y valor. Es todo. Adiós, Elegido nuestro.

La luz despidió su último destello y el eco final de la voz misteriosa. Se perdió en las milenarias piedras. Se hizo un profundo silencio que envolvió a Val Vultan, a Agora y al super-robot como un manto de paz solemne.

El Oráculo había revelado su secreto, el más celosamente guardado de todos. El Oráculo había designado ya a Val como el Elegido auténtico. Pero nada le había revelado a éste sobre el actual paradero y suerte de los dioses mismos.

Al morir la luz y el sonido de la voz fantástica, una gran piedra giró sobre sí misma y en un hueco del muro dos objetos destellaron, ante la mirada asombrada de Val.

Eran unas alas metálicas, de color azul, y una sorprendente daga, alargada y centelleante, de ígnea hoja, como si el metal estuviese al rojo vivo.

Avanzó hacia ella. Tomó las alas, que no eran sino un ingenio maravilloso, una especie de cinturón con dos triángulos salientes, de un metal desconocido y de un color azulado fulgurante. Por sí solo, aquel cinturón rodeó mágicamente su cintura y se ajustó con un chasquido. Los triángulos que formaban sus alas, quedaron plegadas contra las ropas espaciales de Val Vultan.

—Cuando desees volar, no tienes sino desearlo mentalmente, mi señor —le informó la voz del androide artificial—. Y esas alas, que en realidad son fuente de una energía que tú desconoces, actuarán como impulsoras hacia donde desees dirigirte. Su velocidad y fuerza son incalculables, pudiendo llegar a desplazarte por el Cosmos a

velocidades muy superiores a la de la luz, sin que tú mismo llegues a enterarte de esa magnitud de vuelo. Con ello, tu libertad de movimientos y de acción, es virtualmente infinita.

—¿Y la daga? —preguntó Val, enarbolando el arma, que despidió en su mano destellos cegadores, cuya luz rebotó en las piedras produciendo miríadas de chispazos brillantes.

—Es tu arma mejor. La que puede vencer a las más modernas armas y a los más poderosos enemigos. Ya sabes cuál ha de ser el móvil que mueva tu brazo cuando empuñes ese arma: una causa digna y noble. En otro caso, de nada te serviría porque la luz huiría de la Daga Incandescente, para convertirse ésta en un simple objeto sin valor ni fuerza algunos.

—Lo entiendo y lo acepto así, Magnus. Sabes que nunca alzaré esta arma contra nadie que no lo merezca.

—Lo sé —asintió el robot—. Por algo eres el Elegido. Ahora, tú ordenas, mi señor. Ya nada hacemos en esta ciudad sin vida. Tu presencia es más útil en otros lugares del Universo.

—¿Dónde, por ejemplo? —quiso saber Val Vultan, mirando al androide gigantesco.

—Eso… tú lo averiguarás por ti mismo —fue la enigmática respuesta de su fiel servidor.

Y enmudeció Magnus, esperando sus decisiones. Val se volvió a Agora. Ella le miró tristemente.

—Imagino que es el momento de separarnos —dijo con tono pesaroso la hermosa y desnuda joven.

—¿Separarnos? ¿Por qué Agora? ¿Qué harías tú sola en este inmenso cementerio de piedra?

—Puedo sobrevivir. La selva me da alimentos, y estas ruinas, cobijo. Yo nada represento para ti. Tú eres el Elegido y tienes una misión que cumplir. Rezaré por ti. Sé que triunfarás.

—Es mi deseo que vengas conmigo, Agora -—pidió Val, tomando su mano—. Nos hemos encontrado en este mundo remoto para los dos, y hemos de compartir nuestro destino de aquí en adelante. Ven conmigo.

—Pero yo no puedo ir. Val —protestó ella—. No poseo tus medios ni tus Alas del Poder…

—Si él así lo desea, puedes acompañarnos, Agora —dijo el androide inesperadamente—. Su voluntad es ahora la ley de los dioses. No necesitas alas algunas para viajar con él por el infinito. Bastará que aprietes fuertemente su mano… y el resto lo hará la energía de sus Alas del Poder. Donde él se encuentre tras el viaje, allí te encontrarás tú también…

—Pero yo sería una carga para él, a pesar de todo… —protestó Agora débilmente, aunque sus ojos carmesí brillaban esperanzados.

—Tu serás la más dulce carga imaginable —sonrió Val, apretando su mano—. Vienes conmigo, está resuelto. No te dejaré abandonada en esta ciudad, te lo aseguro.

—Si es tu deseo... —sus ojos se humedecieron, emocionados, y le sonrió dulcemente—. Gracias, Val. Seré tu más fiel servidora...

—No quiero una servidora en ti, sino una compañera. Sólo eso. —Val se volvió a Magnus, sin soltar la mano de ella—. ¿Y tú? ¿Cómo viajarás con nosotros, dado tu volumen, tus dimensiones...?

—Yo poseo esa misma energía dentro de mí, mi señor —explicó el androide—. Yo no necesito más que pensarlo... y te seguiré en cualquier desplazamiento, estés donde estés. Recuerda que soy obra de dioses, y que mis mecanismos son perfectos. Estoy a tu servicio, para ayudarte en toda lucha. Está escrito así y así ha de ser.

—Está bien—suspiro Val, satisfecho—. Entonces, amigos míos... ¡adelante! Salgamos de aquí, sin rumbo fijo. Volemos a través del Universo todo. Y tratemos de hallar un rastro que nos conduzca a la liberación y regreso de los dioses. Sólo ellos pueden evitar en el futuro, que esa oculta amenaza contra el Cosmos se presente irremediable. Adelante, Magnus. ¡Síguenos, adonde quiera que el azar nos conduzca! Y quieran los dioses, en su infinita sabiduría, conducirnos al lugar en donde sea posible hallar una pista, por leve que sea, capaz de llevarnos hasta los dioses mismos. Y hasta la verdad que puede ayudarnos a luchar contra ese misterioso peligro que a todos nos acecha...

Y cerró sus ojos poniendo su voluntad en el pensamiento de volar, de viajar a través de planetas, soles, galaxias y vacíos infinitos, por la dimensión fabulosa e inconmensurable del Universo todo...

Supo que se convertían en una simple centella, en una ráfaga de energía viajera, desplazándose a velocidades ingentes por el espacio. Pero no vio nada salvo el destello inmenso de los más remotos y desconocidos astros, allá ante unos ojos que ya se confundían con el infinito...

2

Luzbelik separó sus ojos del visor circular y estereoscópico; con un resoplido de ira violenta. Su mano se agitó huesuda y amarilla en el aire sombrío que le rodeaba, a la luz de dos candelabros de velas rojas.

—Maldito entrometido... —jadeó—. Lo ha logrado. Ha abandonado la Ciudad de la Muerte, en compañía de ellos dos. Agora y el Androide le acompañan...

Caminó con rapidez, y se fundió en las sombras impenetrables que rodeaban su figura y sus ingenios, como si los muros de aquella estancia inconcreta estuvieran hechos simplemente de vacío y de oscuridad.

Reapareció en otra zona de sombra, ante una luz lívida, de color verde fantasmal. Su voz sonó melosa:

—Maldik, ¿puedo hablar contigo, mi señor?

Una figura siniestra y horrible se perfiló en la nueva estancia de tinieblas y de luz verde que brotaba de puntos inconcretos. Un rostro demoníaco, como una carátula verde, de amarillos ojos rasgados, se enfrentó a la faz repulsiva de Luzbelik, por encima de una indumentaria oscura, tenebrosa, hecha de un tejido negro como la misma noche eterna de los espacios, con destello plateado en su extraña estructura, que hacia fundir la figura del llamado Maldik, con las sombras que le envolvían.

—Dime, Luzbelik —sonó una voz chirriante, agria y aguda.

—He seguido en el visor cósmico los movimientos del Elegido.

—¿Y bien....?

—Ya viaja con la mujer y el Androide Magno.

—¿Qué mujer?

—La que me acompañaba en Olimpus Galax.

—¡Esa mujer! Debiste destruirla antes de permitir que se uniera a él —sonó la voz furiosa. Los ojos amarillos destellaron de tal modo que parecían brasas de azufre, y el temor hizo retroceder al ser de la cabeza oval—. Cometiste muchos errores en el desempeño de tus funciones, Luzbelik.

—Lo sé señor. Y pedí perdón por ello...

—Eso no resuelve ahora los problemas. Sabes que está escrito: El Elegido tomará consigo a una mujer que significará para él amor y fe. Y unidos al Androide, lucharán contra las Tinieblas Eternas y las dispersaron un día, liberando al Universo y destruyendo el peligro.

—Es sólo una profecía. No tiene valor. Los dioses la crearon. Pero los dioses, ahora, nada pueden. Somos los más fuertes.

—¡Pero los dioses nombraron ya su Elegido! —aulló Maldick con ira—. Y eso puede traernos problemas.

—No es posible, mi señor Maldick —objetó Luzbelik inclinándose respetuoso—. Ellos no pueden sospechar nada. Los Dioses están impedidos para hablar y revelar su paradero y su destino. Y no pueden encontrar la Puerta Negra por sí solos...

—¡Pero pueden seguir alguna pista! Poseen fuerzas para eso. Y les guía un poder mental superior, el que los dioses dispusieron para su Elegido... Ya sabes que no hemos podido nunca destruir ese poder mental, porque estaba flotando en el vacío, en el aire mismo de la ciudad muerta, y sólo esperaba el momento de posarse en la mente elegida. Que es la de ese hombre, Val Vultan, a quien tú, estúpidamente, no hiciste matar a tiempo.

—Aunque sigan una pista que les señale el poder mental de los dioses, eso no será suficiente —argumentó Luzbelik—. No pueden dar con La Puerta... ni imaginar el resto.

—Pero pueden llegar a Singar. Y si llegan a Singar, podrían dar con la pista...

—Ya lo he pensado, señor —sonrió Luzbelik malévolamente—. Y he enviado a Singar a la persona adecuada para esta misión.

—¿A quién?

—A Vampyra.

—¿Vampyra? — los ojos amarillos centellearon, y la máscara verde del rostro demoníaco se crispó—. ¿Qué puede hacer ella contra el Elegido y el Androide Magno?

—Quizá nada —rió Luzbelik—. Pero puede hacerlo con ella,

Agora. Y si algo le sucede a Agora, la profecía comenzará a resquebrajarse. Además, hay gente encargada de ocuparse del propio Elegido.

—¿Quiénes?

—Los ratoides de Singar, señor.

—Hum... —se frotó el mentón con una mano tan verde como su faz, y que parecía flotar en la negrura donde sus negras ropas de brillo y contextura misteriosa parecían solamente hilos de sombra tejidos en forma de oscuridad sólida—. No me fío demasiado de ellos. Son cobardes.

—Pero crueles y despiadados como nadie. En número suficiente, pueden causarle problemas al Elegido... mientras Vampyra se ocupa de la muchacha. ¿No es una buena idea, mi señor?

—Quizá. Hace falta que el Androide no intervenga.

—No podrá hacerlo. Recordad que sus propias dimensiones le impiden entrar en Singar. Se alojará fuera de sus murallas, si realmente llegan allí los tres. Y su alejamiento momentáneo de esa parejita, puede ser decisivo...

—Está bien, obra a tu antojo, pero quiero resultados, no lo olvides. Y resultados efectivos. No deseo correr el más mínimo riesgo con ese hombre maldito. Ahora que estamos a punto de conseguir nuestro objetivo en el Universo todo, no deseo que las cosas se tengan que demorar o interrumpir.

—No será así, señor, estoy seguro de ello. Luzbelik no se equivoca dos veces.

—Mejor será. No sería bueno para ti otro error —le recordó fríamente Maldik.

En silencio, Luzbelik abandonó la estancia de sombras, fundiéndose en los muros de tinieblas que delimitaban aquel mundo inconcreto, sin formas ni objetos que no fuesen los que, llegado el momento, emergía de la propia oscuridad, como algo dotado de vida propia, para fundirse después en aquella especie de ausencia de toda dimensión, toda luz y toda forma.

Ese era el mundo siniestro e insondable de Luzbelik y sus semejantes. Un mundo al que, de momento, al propio Elegido le estaba prohibida la entrada. Y donde se ocultaba el más tenebroso secreto que podía amenazar al Universo en el transcurso de los siglos y de los milenios de su eternidad.



Singar, la resplandeciente.

Habían llegado a la más hermosa ciudad interplanetaria de todo

el Imperio Galáctico.

Centro de comerciantes y mercaderes del espacio, cruce de viajeros cósmicos y de navegantes espaciales, Singar se elevaba, majestuosa y bellísima en las orillas mismas del Mar Celeste, acogiendo en sus mil calles bulliciosas y en sus incontables mercados, zocos y plazas, a toda clase de seres de la galaxia, razas infinitas, especies inverosímiles, criaturas y mutantes de toda laya en abigarrada y exótica mezcla. Mercancías de todo género se extendían por doquier, y desde el más fantástico perfume de un remoto planeta, hasta la venta de criaturas femeninas para esclavitud, o el tráfico de productos de la más variada fantasía e imaginación, tenían su escenario en Singar.

Un mundo acuático, en el que solamente la isla de Singar, con su ciudad amurallada en el centro, se alzaba al viajero del cosmos o del inmenso planeta marítimo, era el lugar donde se reunían toda clase de viajeros y mercaderes. En sus calles abundaban los establecimientos para beber, comer o alojarse. Y como de todo existía entre los visitantes de Singar, la ciudad tenía dispuesto en su exterior un recinto especial para personas fuera de lo común, o sea para seres que no pudieran convivir normalmente con los demás humanoides, androides o mutantes allí reunidos al atractivo del dinero, las mercancías o el simple placer que los garitos de juego y de amor de Singar ofrecía lujuriosamente al visitante.

—Ya estamos aquí —dijo Val, tras dejar a Magnus en el recinto externo, dedicado a seres excepcionales, ocupando él solo una vasta nave habilitada precisamente para viajeros gigantescos, aunque ninguno jamás lo había sido tanto como Magnus, a quien muchos, pese a la cautela utilizada por los tres viajeros del Universo, señalaron como el posible Androide Magno de las profecías remotas, pese a que sabían que murmurar de ese asunto en el Imperio Galáctico era jugarse la libertad, ya que las autoridades imperiales tenían prohibido mencionar a los dioses, y más aún a las profecías que perjudicaban su actual tiranía sobre los pueblos galácticos, sometidos a tan severas leyes.

—Singar… —musitó Agora, fascinada—. Nunca creí llegar a conocer esta ciudad mítica y maravillosa.

—Pero también peligrosa y despiadada, no lo olvides —la recordó Val Vultan, tras cruzar ambos las doradas murallas para adentrarse en el laberinto multicolor de sus calles y mercados—. Aquí hay ladrones, asesinos, piratas y rufianes de toda laya, llegados de los confines del Universo para enriquecerse fácilmente. La vida de los viajeros no vale gran cosa cuando hay monedas o cheques de crédito interplanetarios por medio. Las mujeres pueden ser secuestradas o ultrajadas, y los hombres engañados, robados y asesinados no importa cuál sea su

origen y su especie planetaria. De modo que todo no es hermoso en esta rica y pérfida ciudad, Agora.

—¿Por qué tus Alas del Poder nos han llevado aquí precisamente? —dudó ella, mientras se mezclaban con la heterogénea multitud sin despertar demasiado interés, dada la variedad de razas y colores de los habitantes y visitantes de Singar.

De súbito Val se detuvo ante un muro, junto a la llamada Plaza Galáctica, donde había una serie de pasquines magnéticos adheridos a la piedra. Los examinó pensativo. Se volvió a Agora, y habló en voz baja:

—Mira esos pasquines. Uno se refiere a mí.

—¿A ti?

—Sí. Habla de Val Vultan, Desterrado a las Estrellas. Dice que se ha comprobado que falté a las leyes, abandonando mi nave. Han debido localizarla, deshabitada tras la avería, e imaginan que escapé, averiándola yo mismo.

—¿Y eso es grave?

—Mucho. Si me identifican y arrestan, pueden sentenciarme a algo mucho peor que el destierro.

—¿La muerte? —se inquietó ella.

No. Ni siquiera eso —sonrió duramente--. Las autoridades del Imperio no son tan caritativas como para ejecutar a sus condenados. Prefieren prolongar indefinidamente sus torturas. Al destierro, si se quebrantan sus normas, siguen el traslado a un asteroide maldito.

—¿Qué son los «asteroides malditos »? En mi mundo no oí hablar de nada de eso.

—Tú eres de otra Galaxia y desconoces lo que es la Ley en el Gran Imperio. Esos asteroides son verdaderas prisiones nefastas, donde las personas sufren dolorosamente hasta envejecer y morir, deseando terminar de una vez.

—¿Se les tortura?

—Algo parecido. El propio clima, la forma de vida, son una tortura difícil de superar. Hay guardianes que cuidan de que no mueras, pero sólo te permiten obtener el mínimo indispensable para sobrevivir, y te obligan a que persigas a los demás presos sin descanso, así como ellos a tí. Cada captura, significa que el vencedor de esa cacería, clava al vencido una especie de alfiler en la piel. Ese alfiler jamás se desprende ya. No pueden causar la muerte ni diez mil de ellos, pero terminas sin poderte mover sin sentir un dolor agudísimo por cada alfiler hincado en tu piel, hasta que los años de sufrimiento terminan contigo.

—Es horrible —se estremeció ella, palideciendo—. ¿Nadie se puede suicidar?

—No, nadie —negó Val—. No hay armas para ello. El que matase

a otro, seria castigado tan terriblemente, sobre todo si fuese por compasión, que a nadie se le ocurre semejante idea, y los asteroides son tan llanos que es imposible arrojarse a parte alguna, porque no hay desnivel alguno. Son auténticas esferas de metal puestas en órbita. Algo tan espantoso, que sólo quien lo viva puede saberlo. La condena suele ser a perpetuidad, pero una vez escapó alguien de uno de esos asteroides. Me lo contó, y logró horrorizarme. Luego el pobre diablo fue capturado de nuevo. Le oí gritar como jamás gritó nadie. No sé cuál será el castigo a una evasión de esos penales del espacio, pero sólo imaginarlo me hiela la sangre, Agora..

—Dios mío... ¿Puede haber tanta maldad en los mundos? —musitó ella.

—La hay. Los hombres son tiranos cuando gobiernan. Es una vieja historia de muchos mundos habitados. El Imperio Galáctico es el peor y más rígido de todos. Su severidad de leyes es terrible.

—Tienes que evitar que te identifiquen...

—Pueden hacerlo, si sospechan de mí un sólo instante. Poseen células electromagnéticas que se sensibilizan ante determinadas facciones y descripción físicas. Si un guardián imperial me ve y usa una de las células, me detectará en el acto, transmitiendo el informe sobre mi persona, y revelando así mi identidad.

—¿Por qué hemos venido entonces a Singar? Puede ser muy peligroso para ti.

—Teníamos que ir alguna parte. No es mi voluntad la que me trajo a esta ciudad de comerciantes y de pillos. Fue algo superior, una fuerza mental que me guiaba durante el viaje cósmico. Creo que algún influjo de los dioses actúa sobre mí, intentando conducirme a alguna parte, lo presiento.

—¿Y Singar es la clave?

—Quizá —Val miró en derredor, a los mil y un colores

y aspectos de los habitantes de la galaxia, que invadían las calles, entre las tiendas y puestos de los mercaderes. De una taberna cercana, salían risas y canciones de hombres y mujeres. Más allá, un restaurante anunciaba toda clase de exóticas comidas con alimentos importados de más cien planetas distintos—. Mira, entremos allí. Aquellos que se abren paso al fondo de la calle, son guardias imperiales de servicio.

Agora se estremeció, recordando lo que dijera Val. Miró en esa dirección. Tres individuos con uniformes negros, reluciente y cascos de un matiz gris metálico, avanzaban por el centro de la calzada, apartando a la gente sin muchos miramientos, escudriñando a los mercaderes y pidiendo a algunos su identificación. Vio en la mano de uno de ellos una placa circular, que emitía destellos.

Val la condujo al restaurante, donde entraron sin perder tiempo.

La puerta se cerró tras ellos, y un obsequioso humanoide de piel rojiza y cabellos erizados y verdosos les atendió con amabilidad, usando el lenguaje interplanetario.

La guardia imperial pasó de largo ante las vidrieras. Val Vultan señaló una mesa, y ambos se acomodaron en ella. El dueño del restaurante, que estaba casi vacío en estos momentos, les entregó una carta con diversidad de alimentos, para que eligieran según su gusto personal.

—Llevo encima unas monedas del Imperio, como recuerdo -— comentó entre dientes Val—. Nunca creí tener ocasión de utilizarlas, pero iban conmigo en mi nave del destierro. Espero que sean suficientes. Es dinero interplanetario, de uso en todos los mundos del Imperio. ¿Tienes apetito?

—Un poco —admitió Agora, con más alivio al haberse alejado la guardia imperial—. En la ciudad muerta sólo me alimentaba de vegetales. Y hace mucho que no como nada. Estas emociones me han hecho olvidarme de todo, Val.

—Lo comprendo —pidió un menú de tipo internacional en los planetas del Imperio, confiando en que gustase a su compañera, procedente de otra galaxia distinta, pero humana como él, a fin de cuentas—. Parece que pasó el peligro... por el momento.

—Tal vez sea mejor moverse de noche por la ciudad. Supondrá menos riesgo...

—Quizá. Pero redoblan la vigilancia por las noches. Y aún así, esto es un nido de rufianes y de asesinos. Esperemos que

pronto obtengamos la pista que buscamos. Por algo nos habrá traído hasta aquí la voluntad de los dioses. Ahora, alimentémonos, Agora, y olvidemos todo lo demás.

3

Había oscurecido en Singar cuando se atrevieron a salir de otro local donde se encerraron tras la comida, ante dos jarras de buen vino de *sirka*, bebida tradicional de la ciudad de las murallas doradas, contemplando las calles urbanas a la luz resplandeciente de las lunas del planeta donde ahora se hallaban y también de las mil naves que, destellando sus señales luminosas, cruzaban el espacio de un sitio a otro, partiendo del astrodromo de Singar, o llegando a él. Era un espectáculo habitual en la ciudad del gran mercado interplanetario.

Sus calles, sin embargo, no parecían demasiado frecuentadas, a causa de la mala fama que tenían ciertas horas de la noche, sobre todo si el viajante llevaba consigo alguna suma de dinero ganada en los mercados.

—Vamos —indicó Val—. Mientras no hallemos guardias

imperiales, todo irá bien.

—¿Tienes alguna idea de por dónde empezar la búsqueda de ese algo que ni siquiera sabes lo que es?

—Sinceramente, no —sonrió Val—. Espero que sigan iluminándome los dioses... o esa misma fuerza misteriosa que condujo mi mente y mi voluntad hasta esta ciudad de Singar.

—Así sea -—musitó fervorosamente ella.

Deambularon un trecho por las callejuelas. En dos ocasiones oyeron gritos roncos en alguna zona oscura, o mido de armas chocando, tras lo cual se percibían ruidos de pasos a la carrera. Val apretó la mano de ella con energía.

—Te lo dije —comentó—. Siempre es así...

Apenas había hablado, al volver una esquina, bajo la luz lunar se presentaron ante ellos cuatro individuos de raro aspecto, enarbolando armas blancas. Sus rostros azulados, revelaban intenciones nada amistosas. Eran *gurks*, maleantes de un planeta de pésimos antecedentes, habitualmente castigado por incursiones de las fuerzas imperiales, pero no acostumbraban a escarmentar fácilmente.

—Vamos, parejita —-silabeó uno, poniendo su arma junto al pecho de Agora—. Todo lo que llevéis encima, o tu amiguita» sufrirá un poco, amigo.

—No llevamos apenas nada —replicó Val serenamente—. Sólo un par de monedas, y no precisamente de un metal precioso, como el galox o el sedmio.

—Mientes. Tienes aspecto de venir de muy lejos. Y tu atavío es de astronauta —cortó el gurk fríamente—. Vamos, suelta lo que llevas, o pincho a tu chica, es el último aviso. Y tampoco tú saldrás bien parado de ésta, te lo aseguro.

Una fría ira invadió a Val Vultan. Que peligrase Agora, no era justo. Tampoco lo era que aquellos rufianes sin conciencia saquearan a pobres noctámbulos confiados. Habría otras muchas víctimas suyas, si seguían merodeando por allí.

—Está bien —dijo—. Baja ese arma. Deja de amenazarla, y os daré todo lo que llevo. Tenéis mi palabra.

—De acuerdo —rió el gurk—. De todos modos, tienes que hacerlo, o ninguno de los dos saldréis vivos de aquí, amiguito...

Apartó el arma blanca del pecho de Agora. Era lo que Val había estado esperando todo el tiempo. Rápido, en vez de sacar dinero alguno, que por cierto no llevaba, lo que su mano empuñó súbitamente, fue la daga.

Los tipos gritaron, y se dispusieron a caer sobre él, anticipándose a sus intenciones. Pero no hablan contado con La Daga Incandescente.

De súbito, la hoja de ésta se iluminó con la cegadora Luz Radiante, y Va! no necesitó siquiera manejarla para atacar a los

bribones. La propia daga, por sí sola, escapó de su mano, como si fuese un maravilloso objeto mágico, y comenzó a repartir secos mandobles a cada agresor. Lo que resultó de ello, dejó atónitos a Val y a la muchacha.

Cada impacto del arma sobre los enemigos provocaba en éstos una especie de súbita y centelleante llamarada, que los envolvía en un resplandor azul. Su grito ronco se ahogaba en seguida... y al final cuatro cuerpos calcinados quedaban por todo rastro en la calzada.

La Daga Incandescente les había fulminado mortalmente a todos.

Regresó a la mano de Val, y se extinguió su llama, justo en el momento en que el redoble de unas recias pisadas de hombres llegaba de la esquina y por ésta aparecían, en perfecta formación, hasta cinco hombres uniformados de negro, con cascos grises.

Era una patrulla de la guardia imperial.

Agora dominó un ahogado grito de terror y, se aferró con fuerza al brazo de Val. Este se quedó rígido. Los guardianes se detuvieron. Uno, con graduación de oficial, contempló a los caídos pensativamente.

—Están muertos —dijo—. Calcinados. Como si les hubiera pasado una corriente de alta tensión por el cuerpo. Eran gurks desgraciados asesinos, ladrones... ¿Quién hizo esto?

Y se quedó mirando a Val Vultan.

—Yo —dijo éste serenamente-—. Nos asaltaron. Querían herir a mi compañera. Tuve que defenderme.

—¿Con qué clase de arma, por todos los diablos de la Zona Prohibida? —bramó el oficial.

—Es difícil de explicar, señor. Tengo un arma especial.

—Enséñamela.

—No puedo.

—¡Vamos, pronto! No sólo vas a entregarme ese arma, sino también tu identificación. ¿Quién eres?

—Er... Soy Anak —mintió Val—. Anak Urlo, del planeta Argón.

—Lo veremos —y con un gesto ordenó a uno de sus hombres que usara un disco electromagnético de identificación para comprobar la identidad del sospechoso.

Val Vultan miró en derredor. Se sentía acosado, acorralado ahora. Si ellos comprobaban eso, el disco indicaría que su físico y sus vibraciones psíquicas correspondían al Desterrado Val Vultan.

—Bien —dijo—. Tomad el arma. Pero sólo yo puedo utilizarla. Es un don de los dioses.

—¡Los dioses! —se mofó el oficial, con una carcajada ronca, viendo en la mano de Val aquella daga de apariencia vulgar—. Es sólo una daga. ¿Es que has bebido demasiado vino de sirka, estúpido?

Y alargó la mano, cuando el soldado, aplicando la placa

electromagnética ante Val, observaba los repentinos destellos de ésta, y anunciaba excitado:

—¡Señor, mirad! ¡Es un Desterrado! ¡El informe dice que es un Desterrado, el que estamos buscando...!

Val se dispuso a huir, perdiendo incluso su preciada daga. Pero ésta actuó, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Cuando estuvo en la mano del oficial, se tornó incandescente, deslumbrante de luz, y el soldado, con un grito, la soltó vivamente. El arma flotó en el aire y regresó a la mano de

Val, tras despedir chisporroteos azules al rozar de pasada las armaduras de los militares imperiales.

—No os quisieron calcinar los dioses —avisó Val, duramente—. Pero vuestras leyes son injustas, y este arma lucha contra la injusticia. Si no queréis que yo, el Elegido, os destruya aquí mismo, marchaos ya.

Ante su asombro, la daga se agitó en su mano, trazando otro destello vivísimo en el aire, y eso bastó ya para que los muy aterrorizados soldados emprendieran la fuga, sin esperar más.

Val Vultan les vio partir en estampida loca, olvidándose de él y de su identidad, ante el terror que les provocó la apariencia mágica del arma. El joven se echó a reír, guardando su arma de nuevo.

—Vamos, Agora —le dijo a su compañera, tomándola de una mano—. Parece que ese poder superior va con nosotros y controla la daga. Si se convencen de que soy realmente el Elegido, pronto lo sabrá toda la ciudad. Pero no hay otro remedio, si quiero evitar que me arresten. No se atreverán a tocar a un elegido de los dioses.

Echaron a andar con paso rápido, en busca de un alojamiento donde pasar la noche. Val recogió, antes de seguir su marcha, una bolsa de malla metálica que los gurks agresores habían dejado en la calzada al perecer bajo la Daga Incandescente. Había allí dinero suficiente, monedas del precioso y centelleante metal llamado galox. Tendrían medios económicos para alojarse en cualquier sitio decente.

Alcanzaron una plazuela recoleta y tranquila, en cuyo centro había una fuente de agua rosada, fresca, y aromática. Bebieron ambos para saciar su sed, tras las emociones vividas en los últimos momentos.

Luego, de pronto, señaló Agora hacia una puerta iluminada.

—Mira —dijo—. Ese hotel tiene un buen aspecto...

Val dudó. Se sentía muy fatigado, pero quería seguir buscando su hipotética pista hacia los dioses y su actual paradero.

Sin embargo, Agora tenía razón. También él advertía en aquel edificio situado frente a la fuente de agua rosada, un algo atractivo y confortante que .no sabía decir lo que era, pero al fin le hizo murmurar, como en trance hipnótico:

—Cierto, querida. Es un bello lugar. Vamos. Será mejor descansar

ahora… y mañana reanudar la búsqueda.

Se movió hacia allá con ella, como un sonámbulo. Era igual que si una voluntad superior le estuviese guiando. Pero esta vez, no hacia ningún lugar seguro, sino hacia una trampa mortal.

Porque detrás de una cortina, una persona rió suavemente, sus ojos centelleantes y profundos fijos en la pareja.

Era una mujer de rara belleza, pálida y fascinadora, de labios y de ojos de un verde esmeralda, rasgados y exóticos. Su cabello negrísimo, se amoldaba a su cabeza como un casquete lacado. Vestía de negro con hebras plateadas, y tenía un cuerpo majestuoso y estilizado. Sus manos blancas, cruzadas sobre el pecho, tenían algo de siniestro.

—Ya vienen —rió, con una expresión maligna en su hermosísimo rostro blanco—. Vampyra todavía tiene fuerza para vencer incluso el poder mental que le prestaron los dioses a ese hombre rubio y hermoso… Vampyra os aguarda aquí, queridos. Y os dará a ambos el final que merecéis…

4

Un *mutank* o mutante del planeta Gor, afable y cortés, atendió a la pareja. Poco después, compartían habitaciones inmediatas en el primer piso del hotel de Singar.

Unas habitaciones realmente suntuosas y confortables, bajo las luces tamizadas, de tenue color, que giraban lenta, muy lentamente, invitando al sueño y adormeciendo los sentidos.

Habitaciones donde dormir y reposar parecía tan fácil como agradable, donde la voluntad se relajaba y el cuerpo cedía al cansancio y el sopor. Con aquella luz pestañeando dulcemente en sus pupilas, Val Vultan se quedó dormido profundamente. Músculos poderosos, bajo su epidermis bronceada, se relajaron igualmente, cediendo al reposo.

En la cámara vecina, también Agora se dejaba vencer por ese dulcísimo sueño, y lentamente iba cediendo, cediendo hasta quedar profundamente sumida en un relax total, definitivo y apacible.

En una estancia del confortable hotel la hermosa criatura del rostro pálido y los ojos verdes e hipnóticos, hablaba con un grupo de seres repulsivos, utilizando un tono de voz frío y autoritario, mientras sus manos palidísimas se agitaban como palomas unas veces, o como garras maléficas otras, engarfiando aquellos dedos sensitivos y dúctiles.

—Escuchad, ratoides —dijo ella—. Soy Vampyra, Reina de los Muertos de la Zona Prohibida, bien lo sabéis.

Ellos asintieron, amedrentados, huidizos. Eran humanoides de rostro ratonil, hocicos de roedor y extraños dientes serrados, cuya

figura también recordaba más la de una rata que la de un humano. En realidad, no eran sino una mezcla de ambas especies, procedentes de los pueblos pantanosos del planeta Senk, gente despreciable y despreciada, auténticas lacras de la sociedad del imperio Galáctico, verdaderas alimañas que eran capaces de matar por una recompensa miserable. Crueles y despiadados, no tenían escrúpulos en ocuparse de las más sucias tareas.

Ahora, ante aquella mujer inquietante, pese a su ferocidad y ausencia de todo sentimiento digno y noble, se mostraban inquietos y medrosos. De no ser así, ella sabía que, deslumbrados por su belleza, hubieran sido capaces de saltar sobre ella y desahogar en su cuerpo sus más repugnantes instintos de roedores y de humanoides.

Pero ni siquiera un puñado de asesinos como aquella decena de ratoides podía sentirse tranquilo ante una mujer como Vampyra, Reina de Los Muertos. La sola mención de su nombre y la alusión a la terrorífica, sombría e ignota Zona Prohibida de la que nadie jamás sabía cosa alguna en la Galaxia, les causaba un horror indescriptible y, lógicamente, no sólo les mantenía a raya, sino que les convertía en la horda más obediente y fiel que podía encontrar Vampyra en todo Singar y en sus mundos vecinos.

—Te escuchamos —habló uno de ellos, con voz chillona y débil, parecida al quejido plañidero de las auténticas ratas de las marismas de Senk—. Te respetamos y tememos. Reina de los Muertos.

—No hacedlo, y desapareceréis para siempre en las simas terribles de la Zona Prohibida —amenazó ella fríamente—. Sabéis lo que espero de vosotros. Hacedlo lo antes posible.

—Pero ese hombre es peligroso —dijo uno de ellos, agitando su hocico rugoso como si husmeara en la basura—. Cuando veníamos hacia acá hemos oído cosas de él. Los guardianes imperiales están aterrorizados. Un oficial decía que es un mago o un hechicero. Pero que aseguró ser el Elegido de los Dioses, el inmortal esperado. Por otro lado, dicen que él solo abrasó a cuatro gurks armados...

—¿Ya os empezáis a asustar por esas tonterías? —se impacientó Vampyra, con un fulgor colérico en sus hermosos y temibles ojos.

—No, no es eso, señora, pero... ¿y si posee algún arma mortal, capaz de destruirnos a todos?

—Luchad, cobardes. Luchad contra él. No podrá usar arma alguna, porque duerme profundamente en un sueño hipnótico que yo le he provocado. Subid y atacadle. Antes de que se recupere de su sopor, habréis terminado con él. Dos de vosotros, despojadle de toda clase de armas. Los demás, caed sobre él y matadlo en el acto. Es una orden. Y una orden muy bien pagada.

—Está bien... —el hombrecillo ratoide tragó saliva, y humedeció luego su boca, tan parecida a un hocico de rata—. Lo haremos, señora.

Tu palabra es ley, tenlo por seguro.

—Lo sé. Yo tengo también algo por hacer. Id, pronto. No hay tiempo que perder. Ahora es cuando más profundo resultará su sueño, y más fácil resultará todo.

Los ratoides salieron en silencioso tropel. Sus pezuñas en el suelo, producían el roce de escalofriantes pisadas de roedores gigantescos, pero eso no parecía inmutar en lo más mínimo a Vampyra, la Reina de Los Muertos que, con maligna sonrisa, se encaminó también al piso alto, pero dirigiéndose a la habitación de Agora, donde entró con suma facilidad usando la llave magnética.

Avanzó hacia la durmiente, que aparecía en su lecho, bellísima en su desnudez virginal. Los ojos de la Reina de La Muerte la contemplaron con perverso deleite, cuidadosamente, deteniéndose en cada curva y cada detalle de aquel hermoso cuerpo escultural.

—Hermosa criatura eres —susurró—. Yo te daré la vida eterna, y serás mi mejor compañera... Vampyra te mostrará un mundo que desconoces, más allá del Universo donde viviste siempre...

Y se inclinó resueltamente, entreabriendo sus labios rojos golosamente muy cerca ya del alabastro que parecía formar la nívea garganta de la durmiente Agora...

Unos incisivos prolongados y diabólicos emergieron de la boca sensual de Vampyra, revelando su condición de succionadora de sangre, para convertir así, a su victima en una mujer No-Muerta, que tendría una vida eterna y espantosa, sumida en las tinieblas sin fin del Reino de los Muertos, allá en la Zona Prohibida del Universo, en lo Desconocido...

* * *

Val Vultan dormía profundamente.

Los ratoides entraron en silencio en la estancia. Se aproximaron al amplio lecho. Lo rodearon lentamente sin producir el menor ruido. Sus ojos, pequeños y malignos, se fijaban cruelmente en su víctima propiciatoria.

Uno de los ratoides se encaminó al lugar donde se hallaba colgado el traje espacial de Vultan, con su daga enfundada. Lo retiró de allí, y otro ratoide lo sacó de la estancia, procurando no tocar nada de cuanto contenía la prenda, quizá temeroso de que los rumores oídos en la calle, sobre la magia del extranjero, fuesen ciertos y ellos fuesen sus nuevas víctimas.

—Ya está —dijo cerrando la puerta, una vez fuera de allí la prenda con la Daga Incandescente—. Adelante, hermanos. Atacad ya...

Los ratoides se aproximaron más aún al dormido Val Vultan,

presa del sopor que los procedimientos de la malvada Vampyra habían provocado en él. Sus rostros innobles husmearon a la víctima. Luego, se dispusieron a saltar sobre Vultan, empezando su habitual forma de aniquilar a un enemigo.

Esa forma no era otra que la de devorarle con rapidez, convirtiendo su cuerpo en una piltrafa sanguinolenta en escasos momentos. Lo primero que sus incisivos feroces destrozaban a dentelladas eran los ojos, el rostro, el pecho y el corazón de su víctima...

Los colmillos ratoniles se aproximaron. Eran diez bocas a punto de triturar a su victima. Diez bestias feroces, preparadas para el más horrendo festín. Y Val Vultan, Elegido de dioses, era su manjar.

Aquellas bocas babeantes estaban ya sobre el rostro de Vultan.

5

Vampyra emitió un grito ronco, separando vivamente sus incisivos del cuello de Agora, sin llegar a otra cosa que rozar simplemente la tersa, sedosa piel de su bella victima.

Los ojos horrorizados de La Reina de los Muertos fueron despavoridos hacia el lugar donde empezaba el desastre. Agora se despertó, y emitió un chillido de terror, saltando de la cama, y alejándose angustiada de la presencia de aquella bellísima mujer, de modo misterioso introducida en su cámara.

Luego, se dio cuenta exacta de lo que estaba sucediendo.

Era como si un tifón tuviera lugar allí, en la plazoleta donde se hallaba el hotel. Una fuerza pavorosa, desatada, estaba desgajando el muro, las ventanas de las habitaciones con furia avasalladora. La puerta crujió, desmontándose también cuando una mano gigantesca, de pétrea apariencia y metálico color penetró por la abertura, sin rozar siquiera a Agora y logrando llegar fácilmente al corredor, por donde huía ya, enloquecida, la hermosa Vampyra.

De la habitación inmediata, la otra mano colosal apartaba a golpetazos los cuerpos repugnantes de unos ratones humanos, que iban a estrellarse contra las paredes o perecían aplastados por aquellos dedos titánicos.

Val Vultan, despertó también de súbito por la aparición de aquellas manos gigantescas que conocía muy bien, se lanzó hacia el exterior, saltando por encima de ratoides aplastados y ensangrentados, para empuñar su daga y, con ella en la mano, enfrentarse a los últimos tres ratoides que intentaban huir de la furia desatada de las manos metálicas que hundían muros, techos y ventanas con igual facilidad que si el edificio todo fuese de arena.

La Daga Incandescente brilló, fulgurante, en la mano de Val, y

cayó a mandobles sobre los últimos agresores que fulminados, se agitaron, ennegrecidos de súbito, para convertirse en retorcidos guiñapos negruzcos, simples cuerpos abrasados por el contacto de la flamígera hoja.

—¡Malditas ratas asesinas! —bramó Val, cuando el último de sus enemigos se derrumbó fulminado. Respiró hondo, corriendo al encuentro de Agora, que jadeaba, muy pálida, tocándose el punto donde en su piel, dos incisivos habían causado un doble pinchazo leve, sin profundizar lo suficiente en su vena para llegar a succionar la sangre-—. Agora, ¿qué sucede? ¿Qué fue lo que te atacó a ti?

—Una mujer... Una mujer hermosa y pálida, de grandes ojos verdes y pelo como un casco lacado... Parecía una muerta... y tenía dos incisivos que iba a clavar en mi garganta... cuando Magnus lo evitó.

Val miró al poderoso Magnus, el fiel robot, erguido allí, en medio de la plazoleta, con un tamaño tres veces mayor que el de cualquier edificio circundante, con el suelo de la plaza resquebrajándose bajo el peso de sus inmensos pies metálicos.

—Magnus nos ha salvado de una muerte horrible... —jadeó Val—. Eso significa que el enemigo no descansa... y que saben nuestros movimientos. Agora. Esa mujer, tal como la has descrito... no puede ser otra que alguien que jamás creí que existiera.

—¿Quién, Val? —tembló ella, abrazada a sus musculoso cuerpo.

—Vampyra, Reina de los Muertos.

—¡Vampyra! —se horrorizó Agora—. Creí que era sólo un mito...

—Yo, también. Pero evidentemente, no lo es. Ella dispuso esta trampa para nosotros. Estoy seguro de que Luzbelik forma parte del complot. Todos proceden del mismo lugar, sin duda.

—¿Qué lugar?

—La oscuridad. Las tinieblas eternas, Agora.... ¡La Zona prohibida!

—¿La Zona Prohibida? ¿Existe realmente?

—Ahora estoy seguro. Existe en alguna parte.

—¿Dónde?

—No lo sé. Quizá en los confines del Universo, quizá en otra dimensión. No- sé, pero en la Zona Prohibida están sin duda Luzbelik, Vampyra... y otros. Y quizá también los dioses.

—Sí. Cautivos. Encerrados en una dimensión o plano que no es el suyo, sometidos a leyes que no rigen para su poder divino. Y sea como sea, el acceso, la puerta a esa Zona está aquí o cerca de aquí, de la ciudad de Singar...

—¿Y qué puedes hacer tú en un lugar que ni siquiera sabes dónde está, cómo es, ni de qué forma se entra o se sale de él? Si los mismos dioses fueron vencidos...

—Pero recuerda qué les venció: la traición y el engaño. Nosotros mismos estuvimos a punto de sufrir igual error. Espero que nos sirva de escarmiento. Nada de fiarnos de persona alguna. El Universo todo puede ser una trampa mortal para nosotros Agora. Ellos tienen miedo. Por eso enviaron aquí a Vampyra. Ellos temen que yo llegue a su Zona. Lo intentarán evitar como sea. Pero si hallo el rastro de ese acceso, de ese paso a lo desconocido... me tendrán allí, quieran o no.

Avanzó hacia una de las destrozadas ventanas. Asomó y se encontró con el gigantesco rostro metálico de su fiel amigo Magnus, el androide mecánico que los dioses dejaron a su servicio. Por doquier, en la ciudad toda, se oían gritos de terror, carreras y confusión. Un montón de guardias imperiales yacía a un lado, abatidos todos por el coloso. Otros, huían a la desesperada, abandonando sus cascos y armas.

—Gracias, amigo —dijo Val, emocionado—. Tú nos salvaste a ambos,..

—Recibí el mensaje —el coloso se tocó su cabeza de metal con rostro humano—. Aquí, en mi mente. Fue el aviso de que algo sucedía. Me han construido con una alta sensibilidad receptiva. Acudí a salvaros.

—Y lo hiciste —resopló Val—. Pero creo que habrás hecho muchos destrozos en Singar. Vamos a estar todos fuera de la ley a partir de ahora... a menos que te hayan reconocido, y sepan que eres el Androide Magno.

—Lo saben —sonrió el robot—. Yo he oído mi nombre en muchas bocas. La gente huye a mi paso. Otros, me piden ayuda de los dioses para salvarles de la injusticia.

—Empiezan a tener fe, a confiar en ti y en mí —dijo Val, pensativo—. Eso es buena cosa. Tú y yo no podemos derribar al Imperio Galáctico. Ni es nuestra misión. Pero si el pueblo tiene fe y lucha contra la tiranía, ésta será vencida por los mismos que la sufren, para que ellos edifiquen su propio futuro y un gobierno justo. La labor nuestra será solamente esa: darles la fe suficiente para confiar en sus fuerzas, para saber que los dioses están con los que quieren ser libres y ser tratados justamente.

—Si ellos saben que tú eres el Elegido, nada has de temer. Los soldados huirán despavoridos ante ti —dijo el androide—. Y los que le esperan, te aclamarán con entusiasmo. Está escrito así.

—Lo sé. Lo que quiero ahora, es algo más que tener la fe de la gente en mi persona y en tu poderío, Magnus. Quiero hallar una puerta a lo desconocido, a lo lejano... y no sé dónde buscar.

—Yo no te puedo ayudar en eso. Tú debes hallar tu propio camino, también eso está escrito y lo sabes, mi señor. Pero si de algo te sirve, ten fe. Puedes estar seguro de que si estamos aquí ahora, es

porque en Singar está la clave. Búscala y darás con ella, estoy seguro.

—Gracias, Magnus, una vez más —suspiró Val—. Sé que así ocurrirá. Sólo hay que esperar, buscar... y no desfallecer. Vamos, Agora. Creo que ya no podría descansar esta noche.

—Ni yo tampoco —confesó ella—. Cada vez que recuerdo a aquella siniestra mujer... ¿Estará aún por ahí. Val?

—Puedes estar segura de que no. Fracasó su plan, y habrá hecho como hizo su compinche, Luzbelik en la ciudad de los dioses: evaporarse, huir a su mundo de tinieblas.

—¿Y es a ese horrible mundo al que quieres que vayamos ahora? —se estremeció Agora.

—No hay otro remedio. Tenemos que ir allí, si queremos que todo sea mejor en el Universo. Recuerda que existe una amenaza no sé aún cuál... y en esa Zona Prohibida está la clave de ella, la forma de neutralizarla...

—Pero con gente como Luzbelik y Vampyra frente a nosotros... ¿qué podremos hacer?

—Luchar. Y quizá vencer, Agora. Esto no se repetirá. No nos confiaremos. No dejaremos que nos sorprendan. Tal vez tengamos medios sobrados para vencer… o los encontraremos allí mismo, en su propio mundo,

—Ojalá sea así. De otro modo, nuestra suerte no será mucho mejor que la de los propios dioses desaparecidos del Universo...

—Ten fe. Agora —sonrió Val, oprimiéndola cariñosamente contra sí—. Ten fe, y todos los obstáculos caerán a nuestro paso, ya lo verás.

Salieron al exterior. Cuidadosamente, para no aplastar a nadie, el colosal Magnus se movía ya para salir de la ciudad, mientras los soldados imperiales brillaban por su ausencia, y las gentes, al paso de Val Vultan, le vitoreaban o se arrodillaban ante él, suplicándole justicia en nombre de los dioses para las personas que sufrían bajo la tiranía imperial.

A todos daba Val la misma respuesta:

—Mí misión no es acaudillaros contra los tiranos. Sólo os puedo decir, en nombre de los dioses como Elegido que he sido de ellos, que tengáis fe en vuestras propias fuerzas y voluntad suficiente para luchar, seguros del triunfo. Con ello, conseguiréis vuestro triunfo. Y el brillo final de la justicia. Yo debo partir a obras de diferente alcance, a cumplir mi sagrada misión por encima de todo. La misión para la que fui precisamente elegido. El resto, está en vuestras manos. Pero los dioses y yo estaremos a vuestro lado, no lo dudéis.

—¡Viva el Elegido! —gritaron cientos de voces, que pronto fueron miles—. ¡Viva y triunfe el Elegido de los dioses! ¡La justicia ha llegado a los mundos, la fe vuelve a nosotros!

¡Abajó la tiranía! ¡Seamos libres, y los dioses nos protegerán!

—¡Libertad] ¡Esperanza para todos! —clamaron otras mil voces lejanas.

Singar ardía ya en fervor de libertades y de justicia. Era el principio solamente. Muy pronto, las fuerzas del Imperio Galáctico serían puestas seriamente a prueba por sus propios pueblos. Los planetas, los mundos sometidos, se rebelarían contra gobernantes, jueces y tropas.

Pero mientras tanto, él debía de luchar para impedir que un Universo que clamaba por sus derechos elementales de seres inteligentes, pudiese sufrir una convulsión mortal, un desastre que acechaba allá, al otro lado de lo conocido, en otro rincón del Universo, o en otra Dimensión distinta.

Un proyectado holocausto que habíase iniciado milenios atrás, con la desaparición de los seres divinos y la muerte de su ciudad titánica. Y que podía continuar en cualquier momento con su fase final: el fin del Universo.

Eso era lo que tenía que impedir el Elegido.

Pero ni siquiera sabía cómo llegar al «otro lado» de lo Conocido.

Aunque estaba seguro de que allí, en Singar, estaba la clave para alcanzar esa puerta oculta e insospechada.

6

El androide pasó por encima de las murallas con sumo cuidado. Mi un solo ser viviente fue pisado por sus grandes pies de metal. Nadie estaba asustado con su presencia. Ahora sabían que era el Androide Magno, y hasta le aclamaban, haciendo sonreír al coloso de metal, que percibía en su sensibilidad ese trato cordial de las gentes.

Val y Agora se trasladaron fuera de las murallas usando sus Alas del Poder, y en una fracción de tiempo fulminante, ya estaban en los alrededores de Singar, contemplando sus elevadas murallas, sus barrios limítrofes, el puerto marítimo y el espaciódromo cercano, con sus cientos de naves en constante tráfico.

Los ojos de Val recorrieron las luces del puerto en la noche, la presencia de los navíos dotados de placas de luz solar para desplazarse a largas distancias por el mar del planeta, o bien convertirse en espacionaves, y elevarse majestuosamente en el vacío, rumbo a otros planetas.

De pronto, sus ojos centellearon. Señaló una nave determinada, situada a alguna distancia del muelle, pero sin llegar a estar en alta mar.

—¿Qué es eso? —indagó.

—Una nave —dijo Agora—. Como cualquier otra.

—Ya lo veo. Pero esa nave es negra. Y tiene una forma especial...

—Hay muchas así.

—Hay naves de muchos mundos aquí. Ninguna civilización es igual a la otra, y tampoco lo son sus naves.

—Lo sé, querida. Pero nunca vi una nave semejante. Ni siquiera está anclada. Pero no se mueve de su posición en el mar.

—Es cierto. No se ve cadena de ancla. Puede que use otro método.

—Vamos a verla de cerca —la tomó de una mano—. Magnus, quédate aquí. No vengas, salvo que sea absolutamente preciso. A ti te verían en seguida.

—Sí, mi señor —afirmó el androide—. Esperaré. Pero tened cuidado. Mis extremos sensoriales detectan peligro.

—Yo también lo detecto, pero solo por simple corazonada —suspiró Val—. Adelante, Agora. Aprieta bien mi mano. ¿Sabes nadar?

—Sí. Y sumergirme también.

—Pues adelante. Vamos a viajar hasta esa nave.

Funcionaron las Alas del Poder. En un momento, se produjo el viaje fulgurante. Cruzó su cuerpo, junto al de Agora, la distancia precisa. Cuando tuvo noción de su paradero, estaban sumergidos junto a la negra quilla metálica de la nave misteriosa que llamara su atención.

—Es cierto. No se ve cadena de ancla.

Nadaron así, hasta situarse junto al casco. Apenas si emergieron en la noche. Val tocó la materia de aquel barco sombrío. Miró en la oscuridad a Agora.

—Lo sospechaba —dijo—. Ni siquiera es metal como parece.

—¿Qué es?

—No lo sé. Los dedos penetran a través de esa materia, como si no fuese nada. Como si no existiera o fuese inmaterial.

—Pero el barco existe, Val —musitó ella—. Mira, ahora está explicado el porqué de su presencia tan lejos del muelle, y la ausencia de embarcaciones más ligeras en los alrededores. Hay un rótulo muy visible en la proa. Escrito en lengua interplanetaria,

—¿Qué dice?

—«Cuarentena. Fiebres a bordo».

—Ya —Val se mostró escéptico—. Mira, Agora. Trata de tocar este cuerpo.

Ella obedeció. Sus dedos se apoyaron en el negro casco del barco. Para asombro suyo, logró introducirlos, atravesando limpiamente aquella superficie aparentemente metálica, como si fuese humo. Perpleja, lo intentó de nuevo con igual resultado.

—Pero no comprendo… —susurró—. Esto no tiene sentido… Está ahí, parece tangible… y no lo es.

—Exacto. *Parece* tangible, sólido. Pero no lo es.

—Pero entonces, ¿qué ocurre? ¿Es que no existe y se trata sólo de un espejismo?

—Existe. Creo que sí existe, puesto que todo el mundo puede verlo y, para alejar curiosos, han puesto ahí ese aviso. Pero lo que sucede es que NO ES SOLIDO.—¿Por qué, Val? Es cosa de locos…

—O cosa de… OTRA DIMENSION —musitó Val.

—¿*Otra* Dimensión? —tembló Agora, nadando muy sumergida en las oscuras aguas—. ¿Cuál?

—No lo sé. Una Dimensión donde nuestra materia no es como la de ellos. Ni la suya puede adaptarse a la nuestra, al menos en objetos o vehículos. El barco existe en esa otra dimensión, y a la vez *necesita* estar aquí visible. ¿Sospechas por qué?

—¿No será…?

—¿La Puerta que buscamos? —Val afirmó, grave su expresión—. Sí, creo que sí.

—La puerta… a lo Desconocido. Tal vez a la Zona Prohibida…

—Tal vez. En mi mundo, los que nos envían allí, no saben hacernos regresar jamás. Utilizan un proyector de materia, según creo. Nosotros, ahora, tenemos una puerta que, si tenemos fortuna, podríamos volver a utilizar para el regreso.

—¿Vamos a… a intentar penetrar en ese barco que ni siquiera es sólido? —se asustó Agora.

—No tenemos otra posibilidad, si queremos llegar hasta los dioses cautivos en las sombras de los eternos. Si dudas, si tienes miedo… quédate aquí.

—A tu lado no puedo temer a nada ni a nadie, Val —negó ella con energía, mirándole dulcemente a los ojos—. Adelante. Vamos adonde sea. Iré contigo aunque sea hasta el mismo fin del Universo, o más allá si es preciso.

—Me temo que sí sea, realmente, *más allá* —dijo él con gesto sombrío, avanzando sobre el casco de la nave, en el cual se fundió, llevando consigo cogida por una mano a Agora, con toda la fuerza posible.

Apenas estuvieron *dentro* de la nave inmaterial, algo cambió radicalmente para ambos viajeros del espacio. Una especie de turbulenta vorágine negra les engulló, antes de que Val pudiera siquiera pensar en que al lugar adonde se dirigían ahora ambos, haría más falta que en ninguna otra parte su fiel androide, el super-robot humano Magnus.

Ya no era tiempo. Habían entrado en la vorágine del Tiempo y del Espacio, en el torbellino alucinante que era como el negro orificio abierto a otras zonas de un Universo sin formas, colores ni materia.

Viajaron como proyectados a través de un infinito negro y vacío, sintiendo en torno suyo el zumbido enloquecedor de extrañas

turbulencias invisibles. Al fin, todo eso se detuvo.

Y tanto Val Vultan como Agora, notaron que sus pies se posaban en algo, una superficie negra como la misma materia que les envolvía y que quizá fuese sólo oscuridad.

Una lejana risa retumbó en el vacío, en la nada total donde se sentían inmersos ahora, y esa risa se aproximó, creció de volumen, hasta ensordecerles, al tiempo que mil ecos, o mil otras risas demoníacas, estallaban en la negrura, envolviéndoles en un caos de hilaridad fantasmal.

—¿Qué significa?... —jadeó Val, enarbolando su ígnea daga, sin soltar nunca la mano de la atemorizada Agora en aquel cosmos sin colores ni luz—. ¿Quiénes sois vosotros que así reís?

—¡Somos ahora los amos y señores de tu destino y del destino de tu compañera, Val Vultan, Desterrado de las Estrellas y falso Elegido! —rugió un vozarrón formidable, en el que Val reconoció un timbre de voz familiar—. ¡Somos los que poseemos cautivos por la eternidad a todos los dioses de Olimpus Galax! ¡Y somos los que vamos a dominar todo el Universo, apoderándonos de sus mundos habitados, reduciendo sus ciudades y naciones a la nada más absoluta, para así ser nosotros en el futuro los únicos y auténticos dioses, amos y señores de todo lo creado!

—Eso es falso —replicó Val, buscando en vano a aquellos seres que reían, uno de los cuales, sin duda, era el maligno y despiadado Luzbelik, el ser a quien conociera en la Ciudad Muerta, y que ahora había hecho sonar aquella voz poderosa y mesiánica—. ¡Falso como vuestras palabras y vuestros actos! ¡Jamás vuestra Dimensión maldita podrá absorber a lo creado en el Universo material y tangible!

—Te equivocas, Desterrado —sonó otra voz, fría y autoritaria, mientras una especie de halo luminoso envolvía a una imagen surgida como por arte de magia en la densa negrura circundante—. Yo soy Maldik, el superior de Luzbelik, y puedo asegurarte que estamos a punto de conseguir nuestros fines. Desaparecidos los dioses y su poder, rota la profecía de que surgiría un elegido que podría liberarles y devolver el equilibrio al Universo tridimensional, nosotros, los habitantes de las sombras de la Ultra-Dimensión, podemos penetrar en vuestros mundos, envolviéndolos en las frías negruras de la muerte y de la destrucción total, para allí levantar un nuevo Universo, un orden nuevo y poderoso, que aniquile la obra de los dioses y del Hacedor Supremo. ¡Somos los más fuertes, estamos por encima de los dioses, y nuestra propia inmaterialidad cuando llegamos a vuestro plano dimensional, nos convierte en invulnerables! No hay fuerza en vosotros, los mortales, humanoides o androides, capaz de destruirnos y de paralizar nuestra obra invasora.

Val escuchaba, con mirada fija en aquella imagen, tan cruel y

repulsiva como la del propio Luzbelik. Los seres de las tinieblas no hacían sino adoptar una forma aparente, a semejanza de cualquier ser vivo, cuando en realidad eran sólo sombra, vacío, algo intangible e invisible, pero que poseía un poder, una fuerza, un fluido vital y una energía capaz de dominarlo todo.

—Cielos, esto no es posible —rechazó con energía Val—. No puede ocurrir esto, Agora. No podemos quedarnos aquí cautivos, como los propios dioses, cuando está escrito que yo venceré a los enemigos del Universo y rescataré a los dioses cautivos, devolviendo el equilibrio y la paz a los mundos. ¿Qué me ocurre ahora, que me siento prisionero, envuelto en esta maldita negrura eterna que no tiene principio ni fin?

—Estás en la Burbuja Negra Sin Tiempo ni Espacio —le dijo la voz de Maldik burlonamente—. Y de ella, nadie salió jamás. Ni siquiera tus altivos dioses... ¡Habéis perdido la batalla contra la Ultra-Dimensión, Val Vultan!

Y las carcajadas volvieron, creciendo y creciendo hasta que ambos jóvenes tuvieron que tapar sus oídos, medio enloquecidos por el bramido de aquella hilaridad infernal.

Luego, se hizo un silencio, profundo y denso como las mismas tinieblas que les envolvían. Un silencio que podía durar una eternidad.

—Y ahora, Val... ¿Qué podemos hacer ahora? —musitó ella con voz triste y rota.

—No sé. Caminar, imagino. Caminar por esta región de sombras que es quizá como dar vueltas en tomo a un círculo, como ir siempre caminando lo andado, puesto que estamos en una burbuja de vacío, de silencio y de soledad eternas. Si supiera, al menos, dónde están los dioses...

Y, de repente, tuvo una respuesta.

No podía esperarla, porque la respuesta no le llegó con sonidos, imágenes o cualquier otra forma material de tomar cuerpo. Sencillamente, la captó en su mente.

Fue como una repentina oleada de pensamientos, de ideas, que penetraban tumultuosamente en su cerebro, aturdiéndole. Y entre todo eso, una idea fija, fuerte, intensa, que se apoderó de él, como emitida por un poder superior:

—Estamos aquí, Val Vultan. Cerca de ti. Dentro de esta misma Burbuja Sin Tiempo ni Espacio. Prisioneros del poder de los seres de la Ultra-Dimensión... Somos nosotros, los Dioses...

Val respiró hondo. Trató de hablar, pero algo le dijo que no lo hiciera. En vez de ello, pensó. Y pensó con fuerza, con un gran poder de concentración en una idea que era un interrogante:

—¿Puedo hacer algo por liberaros?

La respuesta no se hizo esperar:

—Sí. Puedes hacerlo. Por ello estás aquí, Elegido.

Sintió un excitado estremecimiento. Empezaba a entender. Los propios Dioses le impedían hablar. No debía usar la palabra, porque ellos, los seres de la sombra, le escucharían e impedirían que pusiera en práctica plan alguno.

Pero habla algo que sí podía utilizar. Algo que ellos no debían ser capaces de controlar o interceptar: la mente.

—Eso es —afirmó otro pensamiento captado por el cerebro de Val —. Estás pensando lo cierto. Es en lo único que puedes vencerlos: usando tu mente de humano. Ellos no son humanos. Adoptan esa forma, eso es todo lo que pueden hacer. Ellos NO tienen cerebro, sino una fuerza, una energía que hace las veces de mente, pero que NO ES una mente. Ignoran el poder mental. No son capaces de frenarlo o controlarlo. Sigue utilizando tu cerebro para comunicar con nosotros. Es nuestra vía de contacto. Eres fuerte, pero también inteligente. Tu cerebro tiene energía y poder. Por eso fuiste tú el Elegido.

—Os escucho —les respondió con su pensamiento.

—Llama mentalmente a quien puede también escucharte, porque su cerebro fue creado a imagen y semejanza del tuyo propio…

—¿A quién?

—A Magnus.

—Magnus… ¿El androide puede venir hasta aquí?

—Puede venir si tú se lo ordenas. Llámale, y vendrá. Su cerebro se encontrará con tus ondas mentales. Las seguirá.

Ycruzará la Puerta a esta Dimensión. Si lo hace, el hechizo se romperá definitivamente.

—¿Cómo puede romperse?

—Eso lo veras por ti mismo. Tú obedece. Es el único medio de triunfar sobre los que planeaban convertir el Universo todo en una masa triste y helada, de sombras y de muerte, donde sus cuerpos sin forma ni materia puedan vivir y extender su poderío…

Val asintió. Cerró sus ojos. Apretó con fuerza la mano de Agora, que le contemplaba en la casi absoluta oscuridad con ojos muy abiertos y asombrados.

Concentró el joven luchador su mente en esa idea fija. Llamó, mentalmente, con todo el poder de que era capaz:

—Aquí, Magnus… Aquí, amigo mío. Ven aquí. Te necesitamos. Atraviesa la Puerta. La puerta… ¡Ven, pronto!

Casi le dolían las sienes, a fuerza de concentrarse en aquella idea obsesiva, llamando con toda su fuerza psíquica al androide gigantesco, dudando de que él pudiese captar esas ondas mentales a través de la Zona Prohibida de la que nunca se regresaba. A través de una eternidad de oscuridad y de vacío…

Sin embargo, los dioses tenían razón. Ellos siempre la tenían.

El Androide Magno escuchó la voz de su cerebro.

Yacudió.

Repentinamente, algo pareció rasgarse en la envoltura de sombras. Estalló la oscuridad en una especie de jirones violentos, y cegadores destellos de luz penetraron hasta, donde se hallaban ellos, mientras un bramido y una sacudida violenta agitaba aquel suelo amorfo bajo sus pies.

De mil lugares ignotos, surgieron mil chillidos inhumanos... y un coloso de metal que parecía vivo, emergió de la nada, penetró en la Burbuja sin Tiempo ni Espacio, a través de las paredes intangibles del camino a otra Dimensión y Magnus" ante ellos dos, mirándoles con sus ojos, inteligentes y brillantes como los de un coloso humano de gran inteligencia.

—¡Has llegado a nosotros! —pensó Val, siempre sin despegar sus labios, mientras raudales de luz surgían por doquier, y jirones de oscuridad que parecían casi sólidos, se pulverizaban en el aire, o se alejaban, como extrañas criaturas de negra materia informe, residuos de un poder diabólico o de un ejército maligno hecho de oscuridad y de sombras.

—Las tinieblas están rotas. Definitivamente rotas —sonó ahora una voz poderosa, en alguna parte—. Tú, el Elegido, y tú Androide Magno, habéis utilizado el único poder que supera a los dioses y vence a las fuerzas de las tinieblas: la inteligencia. El poder más grande de las criaturas inteligentes, está precisamente en su cerebro, fuente de sabiduría, valor y energía indomables. El pensamiento es lo único que ningún tirano universal aplastará jamás...

Y en medio de cánticos celestiales, de luces centelleantes que emergían por doquier, Val, Agora y el Androide Magno parecieron entrar en otra nueva vorágine, siendo lanzados, proyectados con fuerza titánica hacia una masa de estrellas deslumbrantes, hacia un Universo inmenso, hecho de mundos, soles y astros, de vacío y de aire, de vida y de muerte, de formas y de materia, en regreso alucinante al mundo de lo material, de lo tangible, de lo que tenía forma, luz y color.

Borrosamente, allá en la distancia, entre miríadas de estrellas que parecían formar una escolta cósmica fabulosa, unas sombras difusas de aspecto humano, de hermosa presencia y de bellísima armonía, se perdían en la luz alejándose más y más de ellos, hacia su destino supremo, más allá del transcurso de los siglos y de las vidas de los seres universales.

Val supo que eran los dioses. Los dioses liberados al fin que volvían a su lugar en el Universo, más allá de lo que el Hombre conoce.

Con ellos, el equilibrio, la paz y la unión entre los mundos,

volvería al Universo, para armonía de todo lo creado.

Después, las cosas cambiaron. Un aturdimiento súbito, envolvió a ambos jóvenes. Fue como sumirse en una inconsciencia, en un dulce sopor.

Luego, al despertar, se hallaron de nuevo en un terreno firme, material, bajo la luz de los soles y los astros familiares, en un mundo cualquiera.

Agora y él estaban allí, vivos y erguidos, vencedores del Mal y de las Tinieblas.

Pero ante ellos, sin vida, yacía una enorme mole de metal semejante a un cuerpo humano. El metálico rostro permanecía rígido e inmóvil.

Val Vultan supo que estaba muerto.

El Androide Magno, el Super-Robot salvador que penetrara a través del orificio en el Ultra-Universo de otras dimensiones, estaba muerto.

7

—Muerto... Pero, ¿por qué? ¿Por qué, Agora?

—Si lo supiera... —lágrimas de dolor corrieron por sus mejillas—. Era un buen amigo. Nos salvó varias veces la vida... Pese a su volumen, había llegado a sentirle como uno de nosotros...

—De no mediar él, nunca hubiéramos salido del lugar donde nos atraparon los seres de las tinieblas —sentenció Val, tocando la enorme mole de superficie metálica-—. Era fiel, noble y poderoso. ¿Por qué tuvo que morir?

—Tal vez estaba escrito así. Cumplió su misión. Los Dioses lo crearon con ese fin. Y esperó al Elegido. Ahora, arreglado todo, ya era inútil su existencia.

—Pero tenía un cerebro, los dioses lo dijeron, Agora, ¿recuerdas? Ellos me lo dijeron a mí. La mente de Magnus podía captar mis pensamientos, entenderlos. Era como un gigantesco humanoide, como un ser idéntico a nosotros... No es justo destruir una vida que siente, que tiene sensibilidad...

—Los designios de ellos son incomprensibles para nosotros, Val. Así lo decidieron, y así debes aceptarlo...

—¡No lo acepto! —clamó Val, irguiéndose furioso—. ¡Me revelo contra esta idea! ¡Magnus no merecía morir, cuando menos para recibir así un premio, una recompensa a su lealtad! Ni siquiera los dioses son totalmente justos.

Agora...

—Calla. Estás diciendo blasfemias contra ellos. Podrían castigarte...

—Ellos me eligieron para liberarles. Deben respetar mis sentimientos. No les injurio. Sólo les reclamo lo que considero justo.

—¿Y qué consideras justo, Val Vultan?

Se volvió. La voz sonaba a sus espaldas. Agora, sobresaltada, aferró un brazo de Vultan, mirando al hombre que surgía sin haber sido advertido antes.

Es como si hubiera aparecido allí por arte de magia o brujería. Alto, delgado, de larga barba blanca y melena de igual color. Rostro bondadoso, mirada dulce y profunda, y largas ropas blancas, como una túnica hasta sus pies.

—¿Quién eres? —preguntó Val, desconfiado, apoyando su mano en la empuñadura de su daga.

—No atienes nada que temer. Eres el Elegido, cualquiera puede conocerte —sonrió el anciano—. He oído tus quejas contra los dioses, y he venido a escucharte, por si puedo ayudarte en algo.

—Tú no podrías ayudarme a mí en nada —dudó Vultan, escéptico —. Mira ese cuerpo enorme que yace ahí. Para muchos, fue un robot. Para otros, un androide. Para mí, simplemente una criatura noble y poderosa, casi humana. Y hasta tiene un cerebro. Sin embargo, le pagaron su fidelidad y valor con la muerte. ¿Es justo eso?

—En los mundos creados, no todo es siempre justo. Pero puesto que tú eres el Elegido y has pedido un don, te va a ser concedido. Seguidme ambos.

Se miraron. El anciano dio media vuelta, comenzó a caminar por la llanura de aquel mundo en que se hallaban. Le siguieron tras una vacilación.

La caminata no fue muy larga. Una choza apareció en el páramo. El anciano entró en ella. Les hizo gestos de que le siguieran. Val asintió.

—Vamos —dijo a Agora—. Entremos ahí. Parece inofensivo...

Entraron. En la choza, yacía un cuerpo inerte, rígido en un lecho de paja. Era una joven figura, la de un muchacho musculoso y fuerte. Parecía muerto.

—Sí —afirmó el anciano—. Está muerto. Penoso, ¿no? Tan joven y fuerte... Murió descerebrado. Una enfermedad terrible. Se disuelve la masa encefálica, y muere la persona con su cráneo vaciado. Es un mal de este planeta. ¿Es justo esto?

—¿Era hijo tuyo?

—Nieto mió —dijo el anciano con un suspiro—. Mi alquimia y mi medicina no han podido salvarle. Y entonces oí tus quejas a los dioses. Por el halo que rodea tu figura, y que podemos ver las personas dotadas de ciertas facultades, supe que eras el Elegido. Un inmortal, un hombre eterno ya. Tu compañera también lo es. Lleva tu mismo halo. Así te compensaron los dioses por tu esfuerzo. Y aún pides más.

Pides la vida para un androide muerto, que ha cumplido ya su tarea. ¿Qué dices ahora?

—Perdona, noble anciano. Tal vez tengas razón. Cuando se nace, hay que morir.

—No en tu caso o en el de ella… —sonrió el hombre de venerable barba—. Te dije que mi poder no pudo salvar a mi nieto de su mal. Pero puedo hacer otras cosas… como trasladar el cerebro de un hombre al cuerpo de otro. Y si ese cerebro vive aún, el hombre revive en otra envoltura carnal.

—¿Qué quieres decir?

—El cerebro de tu androide amigo. Si es realmente humano, mi nieto resucitará. Pero ya no será mi nieto, sino tu androide, hecho hombre. ¿Eso te gustaría?

—Si fuera posible…

—Volvamos allí. Si ese androide posee algo humano dentro de sí, será posible,

Regresaron. Magnus yacía bajo los soles luminosos de aquel yermo planeta.

El anciano lo contempló largamente. Luego, se aproximó a su rostro metálico e inmóvil. Sus manos huesudas manipularon la estructura artificial del androide, hasta hallar un orificio lateral. Lo abrió y se introdujo por él, dentro de los mecanismos del Super-robot.

Cuando regresó al exterior, su rostro tenía una luz extraña. Llevaba algo en sus manos, envuelto en una materia plástica oscura. Lo alzó ante los dos jóvenes.

—¿Qué es eso? —indagó Val, perplejo.

—El cerebro.

-¿Qué?

—Los dioses no te engañaron. El androide era algo más que un robot. No era sólo mecánica su interior. Hay células electrónicas, hay mecanismos, hay ingenios artificiales que movían ese cuerpo. Pero su centro vital… *era un cerebro humano*.

—Cielos, no es posible…

—Lo es. Sólo los dioses saben de dónde obtuvieron ese cerebro que daba a su criatura sentimientos e ideas humanas, agigantadas por su poder cibernético. Ahora, ese mecanismo ya no sirve en absoluto. Un salto demasiado grande, hacia otros lugares donde su mecanismo sufrió daños irreversibles, le destruyó definitivamente. Es un cuerpo muerto, roto, destrozado. Pero su cerebro humano vive.

—¿Es posible eso?

—Lo es, Elegido. Ven conmigo. Este cerebro irá al vacío cráneo de mi nieto. Habréis perdido a un simple robot, a una máquina. Y habréis ganado un amigo.

—Pero ese amigo será tu nieto…

—No. Sólo físicamente. Su mente, sus pensamientos, su modo de ser y sentir, será el de tu androide amigo y el del ser original que dio vida a Magnus, el Super-robot. Seguidme. Procederé a trasplantar esta masa encefálica en el cráneo de mi nieto. Luego... cuando él despierte, será vuestro amigo quien lo haga.

* * *

Y así sucedió.

Val Vultan y Agora, ios dos jóvenes amantes que viajaron el resto de su interminable existencia por las estrellas y los mundos, llevando las enseñanzas de los dioses a los pueblos más necesitados de ellas, tuvieron durante muchos años un leal amigo. Magnus, un joven hermoso y atlético, fiel cama- rada y leal ayudante en todo momento, a quien los dioses no habían dado el don de la inmortalidad, pero que gozó de muy larga vida junto a los viajeros del espacio.

En muchos planetas, entre ellos el de Val Vultan, cambiaron los sistemas y las leyes, y ya no hubo injusticias ni ruindades. Era la enseñanza de los dioses y el retorno a la armonía entre los pueblos inteligentes de las galaxias.

Viendo a aquel joven que acompañaba, sonriente y feliz a la joven pareja de míticos héroes, nadie hubiera podido pensar que alguna vez fue un simple robot, un gigantesco androide mecánico, que venció en la más dura de las batallas.

Y como el tiempo era algo tan relativo para los viajeros del espacio, los años que vivió el joven Magnus, fueron en realidad siglos enteros para cualquier civilización.

Siglos de viajar por las galaxias, siempre sirviendo fielmente a sus amigos entrañables y a los dioses que crearon el más perfecto y poderoso robot existente: el Androide Magno.

Val y Agora tuvieron hijos y nietos. Pero de su historia nada sé sabe aún. Después de todo, faltan tantos y tantos miles de siglos para que ello empiece a suceder, justo en el momento en que un Desterrado de las Estrellas sufrió una avería en un lugar del Imperio Galáctico...

F I N